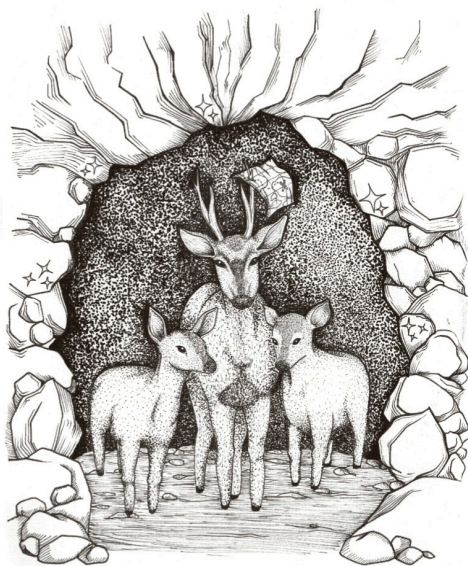


Rodrigo Torres

EQUIPO HUEMUL



UNIVERSIDAD DE LOS LAGOS
EDITORIAL

EQUIPO HUEMUL

Equipo Huemul / Rodrigo Torres – Osorno:

Editorial Universidad de Los Lagos, 2020

72 p.; 14 x 21 cm cerrado

RPI: 2020-A-7618 ISBN: 978-956-6043-15-7

1. Narrativa 2. Literatura

3. Comunidad 4. Patagonia

Este libro contó con la aprobación del Comité Editorial.

EQUIPO HUEMUL

Primera edición: primavera 2020

© Rodrigo Torres

RPI 2020-A-7618

© Editorial Universidad de Los Lagos, 2020

ISBN 978-956-6043-15-7

editorial@ulagos.cl

www.editorial.ulagos.cl

Cochrane 1070, Osorno

Edición: Carolina Carillanca Carillanca

Dirección de Arte: Alexis Hernández Escobar

Ilustración de cubierta: Kiyen Clavería Aguas

Esta edición ha sido posible gracias al proyecto ULA 1895

“Fortalecimiento de la investigación y posicionamiento institucional para el desarrollo regional”, financiado por el Ministerio de Educación.

Esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente y de cualquier forma, sólo para propósitos educacionales y no comerciales, mencionando la fuente de origen y editores.

RODRIGO TORRES

EQUIPO HUEMUL



UNIVERSIDAD DE LOS LAGOS
EDITORIAL

ÍNDICE

PARTE I

Una actividad extraescolar..... 7

PARTE II

El bosque 27

PARTE III

Piratas 65

PARTE IV

La isla 77

PARTE I

UNA ACTIVIDAD EXTRAESCOLAR

Emilia era la profesora jefa de sexto básico en una pequeña escuela de Punta Arenas. A sus veintisiete años tenía una gran vocación y, animada por unir a alumnos y alumnas entre sí, organizaba diversas actividades. Ahora era el turno de hablar de la historia de la familia.

—Muy bien, ¿alguien se ofrece para comenzar?

Apenas terminó la pregunta, ya había una mano alzada.

—¡Clara Van Battenburg! Una vez más tú quieres ser la primera...

—Señorita Emilia, ser la primera está en mí, ¿ok?

Clara se arregló el pelo echándolo hacia uno y otro lado tras sus hombros. Caminó de forma elegante y afectada hacia la pizarra. Llevaba en sus manos un cuaderno con mapas conceptuales y un árbol genealógico a doble página.

—Mi familia descende de los primeros colonos holandeses de la región. Muchos de ellos fundaron pueblos que ahora son lugares muy visitados por los turistas. Hoy en día mis parientes son dueños de empresas y fábricas que le dan trabajo a mucha gente. De hecho es probable que los papás de ustedes trabajen para mi familia.

Los alumnos se observaron un poco fastidiados.

—Clara, enfócate en la historia familiar, por favor. Cuéntanos sobre tus padres.

—Ah, por supuesto, señorita Emilia. Mi madre es una prestigiosa dueña de hoteles y cabañas, gracias a ella los turistas pueden tener un sitio donde descansar. Ella organiza tours y fomenta el conocimiento de nuestra zona. Por otro lado, mi papá es un hombre muy inteligente y es a quien más admiro. Es dueño de un restaurante donde están los chefs más famosos del país. Ha salido en la televisión dando entrevistas y la gente lo respeta mucho. El restaurante de mi papá es fino y caro, así que no puede ir cualquiera.

—Clara...— la profesora se llevó una mano al rostro— Cuéntanos, ¿qué platos son los que nos recomendarías si algún día vamos al restaurante de tu papá?

—No sé si ustedes puedan ir, pero hay una exquisita carne de jabalí, avestruz y ahora último, de ciervo.

—¿Ciervo?

—Sí, mi papá agregó al menú la carne de huemul.

La profesora abrió la boca.

—¡Pero, Clara! Ese animal está protegido porque está en peligro de extinción.

—Bueno, mi papá dice que el progreso y el emprendimiento es para gente que se arriesga... Ahora les pasaré el árbol genealógico de mi familia para que lo admiren. Yo soy la que está al final representando el futuro de mi apellido, obvio.

—Gracias, Clara. Toma asiento. Creo que hablaré con tu padre después.

—Para reunirse con él tiene que agendar. Le recomiendo llame a su secretaria con una semana de anticipación.

Luego que Clara regresara a su puesto, la profesora Emilia se quedó unos segundos en silencio. Recordaba sus años en la universidad cuando estudió pedagogía. Pensó en las razones que la habían llevado a optar por la enseñanza como su razón de vivir. Luego observó a cada uno de los niños y niñas.

—¿Qué nos dices tú, Betsimar? Ven hacia delante, por favor. Háblanos de tu familia.

La niña estaba absorta dibujando figuras en su cuaderno. Observó molesta a la profesora. Luego, sin llevar nada consigo, se levantó y caminó desganada hacia la pizarra.

—Usted ya sabe mi historia, ¿para qué quiere escucharla otra vez?

—Yo sí, claro. Pero tus compañeros de clase no. Creo que les haría muy bien conocerte un poco más.

Betsimar recorrió con su mirada toda la sala. Desde su asiento, Clara le sacó la lengua.

—Yo soy venezolana, mi papá también. De mis abuelos no sé mucho, pero mi papá me ha contado que eran inmigrantes que llegaron desde México y Centroamérica a Venezuela. Ahí, en mi país, éramos muy felices hasta que mi mamá tuvo un accidente. Era arqueóloga. Estaba en una montaña muy alta investigando una construcción de

una cultura indígena pero piso mal y se resbaló. Después de un mes en el hospital, ella murió. Luego de eso, todo se puso feo. A mi papá le empezó a ir mal en el trabajo y lo despidieron. Él era abogado. Después hubo problemas, “asuntos de grandes”, dijo papá. Y tuvimos que irnos del país. Llegamos a Chile porque mi papá decía que acá tendríamos un mejor futuro. Ahora él trabaja en un lavado de autos y yo le ayudo vendiendo arepas en la que casa que arrendamos. Así que si alguien quiere, le puedo traer.

La profesora Emilia rodeó a Betsimar con un brazo.

—¿Ves que es bueno hablar de nuestras historias de vida?

Entonces Clara levantó la mano. Sin esperar permiso, habló.

—Mi papá dice que si tu papá fuera una persona emprendedora, le iría mejor en lo económico.

—¡Clara!— la detuvo la profesora— Esos no son asuntos de tu incumbencia.

—¡Solo estaba dando un consejo!— reclamó— Pero como ella es la niña mimada, la intocable, nadie puede decirle nada.

Entonces, Betsimar caminó hasta el puesto de Clara y le tomó del pelo. Clara hizo lo mismo, iniciándose una pelea en medio de la sala. La profesora tuvo que intervenir para separarlas.

—¡Niñas, deténganse!

Molesta, Clara avanzó hasta la puerta y salió de la sala dando un portazo. Alumnos y alumnas profirieron un gran “ooooh” como señal de su sorpresa.

—¡Betsimar! No tienes que hacerle caso cuando te diga esas cosas— la profesora hizo ademán de querer abrazar a la niña pero esta se lo impidió.

—¡No me abrace! Estoy cansada que me vea como si fuese una víctima.

Betsimar se dirigió hacia la puerta y también salió de la sala.

—¿Pero qué sucede con este curso?— exclamó la profesora Emilia— ¡No entiendo nada! ¡No sé qué haré con ustedes!

—¡Señorita Emilia!— exclamó un niño a la vez que levantaba su mano.

—¿Qué cosa, Pedro?— la voz de la profesora denotaba molestia.

—¿Puedo hablar de mi familia ahora?

—No. Se acabó la actividad.

—Pero Profe... Estuve toda la noche preparándome.

—No. Y punto. Ahora pasaremos materia. Pero antes...

La profesora también salió de la sala para buscar a las niñas.

Al quedar solos, los alumnos se observaron confundidos. Pedro se levantó.

—¿Y quieren que les hable de mi familia?

Le respondieron con dos papeles enrollados que fueron arrojados a su cabeza.

Betsimar caminó por el pasillo colindante al patio. Al lado de la sala donde se guardaban los artículos de aseo,

vio una figura que estaba de espaldas, sentada. Era Clara. Decidió evadirla y se devolvió hasta el quiosco. Lo bordeó y avanzó hasta la portería. De pronto escuchó una voz.

—Oye, ¿te vas a escapar?

Betsimar se volteó sorprendida. Era Clara que se había puesto de pie y le gritaba apoyada en un pilar de madera.

—¿Y te importaría si lo hago?— Betsimar se acercó hasta Clara.

—¿A mí? ¡Para nada! Aunque me imagino la cara que pondrá tu papá cuando lo llamen del colegio y le digan que te escapaste. Más encima, la señorita Emilia lo citaría a hablar con ella y le haría las típicas preguntas de: ¿Qué le sucede a su hija?, bla, bla, bla. Yo no sé, pero me tinca que si no quieres darle más problemas a tu papá, mejor no te escapes.

Betsimar se quedó unos segundos en silencio.

—¿Y qué harás?— preguntó Clara— Ay, a las personas como tú les gusta que siempre las ayuden en todo, ¡qué aburrido!

—Me caes muy mal— dijo Betsimar apretando los puños— Eres odiosa.

—Sí, y puedo aumentar mi nivel. Ponme a prueba.

En eso estaban cuando apareció desde las puertas de entrada a las aulas, la profesora Emilia.

—¡Niñas, lo que hicieron estuvo demasiado mal! Prométanme que no lo volverán a hacer. Ahora vuelvan a

la sala. Ya están grandes como para hacer este numerito. Entren de inmediato.

Clara sonrió.

—Unas veces somos niñas y otras somos grandes. ¿Qué somos al final?

Y entró con los brazos cruzados.

—¿Y tú, Betsimar? Disculpa si te ofendí allá en la sala, pero regresa adentro, por favor.

—Profesora... ¿Puedo quedarme un rato más afuera?

—¿Por qué?

—Tengo ganas de estar sola.

—¿Sola? ¿Pero cómo es eso? Ya, está bien, pero solo un rato.

Entonces, la profesora se dio vuelta. Antes, giró la cabeza para ver a Betsimar. Ella estaba sentada, con la espalda apoyada en un árbol del patio. Miraba hacia lo lejos. La profesora dio un suspiro, preocupada, y entró.

Todos los días, para llegar a la escuela, la profesora Emilia tomaba una micro rural que la dejaba a un kilómetro de distancia hasta su destino. Desde la calle donde bajaba de la micro, se abrían dos caminos: uno que era de tierra y despejado; otro, que estaba en medio del bosque. A ella le gustaba este último porque por unos minutos podía volver a sentirse una niña, disfrutando del canto de las aves y de aquel misterio que siempre poseen los lugares donde los árboles reinan. Al irse de la escuela con dirección a su hogar, volvía a realizar el mismo trayecto. Esta vez con una

linterna. Nunca le había sucedido nada en particular. Pero en aquella ocasión, estando preocupada por lo vivido aquel día con sus alumnos, escuchó algo. Apuntó con su linterna hacia los arbustos y comprobó que había un movimiento. Sin embargo, no pudo divisar nada fuera de lo normal. Retomó su andar de forma más presurosa, hasta llegar al camino donde una familia amiga la pasaría a buscar en vehículo. De pronto, observando el bosque, pensando en su infancia, rememorando los antiguos juegos y sintiendo de nuevo en su corazón aquel golpeteo producido por la ansiedad de no saber qué había tras las ramas, llegó hasta su mente una idea, la cual querría mostrar en el siguiente consejo de profesores.

Las reuniones o consejo de profesores solían ser charlas en las que cada docente se ponía al día con respecto a alguna nueva orden en cuanto a la materia impartida o bien, un lugar donde los profesores se aconsejaban entre sí cómo abordar a tal y cual curso. A veces, sucedía que estaba el director de la escuela presente. Sin embargo, su labor era más que nada la de escuchar para mover la cabeza dando a entender preocupación o para funcionar como juez, entregando su veredicto si ningún profesor se ponía de acuerdo ante alguna eventual toma de decisiones. Ese día la profesora Emilia se notaba entusiasmada y llena de actitud. Frente suyo, la profesora se había preparado un café cargado mostrándose muy despierta y sagaz. Tomó asiento en la punta de la mesa, relegando al profesor Julián

de Educación Física, quien siempre ocupaba esa posición. Por ello, este la observó molesto.

La persona de más edad tenía derecho a iniciar las sesiones del consejo. En este caso, tal honor recaía en la profesora de Historia, la señora Nodimia Llan. Tomó una campanilla de mano y la hizo sonar.

—¡Atención, atención! Colegas, damos por iniciado un nuevo consejo de profesores. Empecemos por el mismo turno de siempre. Profesor Julián, ¿quiere decirnos algo?

—Sí. Tengo un reclamo: las colchonetas están malas. Se les está saliendo la esponja. Necesitamos nuevas.

—Quizás también necesitemos otro profesor de Educación Física porque estoy viendo cada vez con mayor sobrepeso a nuestros niños— dijo el profesor de Biología, con una sonrisa.

—Julián, siempre sacas ese mismo tema— protestó la profesora Nodimia— ¿Por qué no vas tú mismo al centro y compras de una vez una colchoneta?

—¿Le estás ahorrando dinero al colegio? ¡Ja! ¡Como si el sostenedor de este establecimiento te diera las gracias por ser la más antigua!

—¿Me estás diciendo vieja?— la profesora Nodimia hizo un gesto de indignación.

—Eso respóndalo usted misma. Yo, por mi parte, haré huelga de hambre hasta que me den mis colchonetas nuevas.

—¿Huelga de hambre? ¡Ya era hora que hicieras dieta!— exclamó el profesor de Biología.

—¿Te estás burlando?

El profesor Julián se levantó de su puesto arremangándose la camisa pero la profesora de Historia hizo sonar la campanilla una vez más.

—¡Orden, orden! Se acabó este tema— dijo— Pasemos a lo siguiente. ¿Hay alguien más que quiera expresar sus reflexiones e inquietudes?

—¡Yo!

La profesora Emilia se había levantado de su silla. Colocó ambas manos sobre la mesa. Sonreía muy segura. Los presentes en la reunión, le miraron intrigados.

—Ustedes saben lo mucho que me agradan las actividades con los alumnos y las alumnas. Esta vez tengo pensado algo y necesito la ayuda de todos ustedes.

Los docentes hicieron gestos de sorpresa. Emilia continuó.

—En el último tiempo mi sexto básico ha atravesado distintas situaciones incómodas. Siento que algo está pasando con mis alumnos. El clima está denso y de alguna forma hay que solucionar esto.

—¿A qué se refiere con “clima denso”?— preguntó la profesora Nodimia.

—Los alumnos no se llevan bien entre sí. Cargan con los problemas de sus padres y los llevan a la sala de clases. Además que tienen cero conexión con el entorno natural. Y creo que la solución va más allá de citar a los apoderados y tener una reunión personal con ellos. Los adultos están inmersos en sus asuntos y no hablan con sus hijos. Yo creo

que para devolverles la alegría a estos jóvenes, hay que buscar la infancia en nosotros mismos, los profesores, y compartir con ellos una atmósfera de juego.

El profesor Julián se pasó la mano por la barbilla. Iba a decir algo pero se arrepintió. La profesora Nodimia sonrió. Entrelazó sus dedos y dio un gran suspiro mirando hacia la ventana.

—Emilia, entiendo muy bien tu inquietud. Yo también fui joven como tú y tenía esa visión de las cosas. Pero los tiempos han cambiado con gran enormidad. Ya ni siquiera se tiene claro qué significa ser niño. No sé si estemos en la época correcta para jugar a ser jóvenes de nuevo.

—Pero Nodimia, déjeme terminar lo que quiero hacer— explicó Emilia— Estaba pensando en que el bosque que queda al lado de nuestra escuela ofrece una cantidad inexplorada de diversión. Pienso que una de las formas en que podemos ayudar a los chicos a conectarse con su alegría, es invitándolos a perderse en el bosque.

Todos los presentes se observaron confundidos.

—Disculpa, pero lo que propones es bastante peligroso— acotó el profesor de Biología— Además una vez me picó una araña ahí. No tengo buenos recuerdos.

—No hay nada de qué preocuparse— respondió Emilia— Tengo todo controlado.

Emilia sacó de su bolso un plano.

—Aquí está la escuela. Y aquí está el bosque. La actividad se desarrollará dentro de dos kilómetros a la redonda. Para marcar los límites habrá profesores y apoderados

que se disfrazarán y cuidarán que los niños y las niñas no vayan más allá de esta frontera, aquí trazada. Julián se rascó la cabeza.

—¿Disfrazarnos? A ver, aún no entiendo qué es lo que quieres hacer.

—Pues bien, el otro día caminando por entremedio del bosque, me acordé de mis tiempos cuando era niña. Vivíamos en Concepción. Mi padre Alejandro me llevaba a pasear por la orilla de un canal. Recuerdo que en una de estas caminatas yo me sentía triste. Había perdido una mascota, un gato llamado Lester. Ustedes saben cómo son los gatos. Un día simplemente desapareció, no volvió más a casa. Mi padre intentaba sacarme una sonrisa pero era imposible. Sin embargo, mientras caminábamos, de pronto se detuvo y me dijo que observara el canal. En la orilla, atrapada entre unas zarzas, había una botella. Nos acercamos para sacarla. Mi padre se percató que dentro suyo había un mensaje. Sí, al igual como en las películas cuando los náufragos envían mensajes en una botella. Así tal cual. Mi padre abrió la tapa y me entregó el mensaje para que yo lo leyera. Era un papel gastado, amarillo como si hubiese sido quemado por sus orillas, lo que le daba aspecto de ser muy antiguo. Lo leí con emoción. Decía algo así como: “Querida Emilia. Hola, quizás te sorprenda leer este mensaje (y de esta forma) pero quiero que sepas que estoy muy bien. Tuve que partir hacia la tierra de los felinos. Hay asuntos que debo resolver. Es probable que no nos veamos nunca más. Pero no estés triste. Fui feliz

junto a ti y siempre estarás en mis pensamientos. Sonríe. Tuyo por siempre, tu gato Lester”.

Comprenderán ustedes la dicha que sentí al terminar de leer esa carta. Obviamente pasaron los años y mi padre me confesó que él había ideado todo. Era obvio. Pero en ese momento, volví a sentir que ahí afuera había algo mágico. Y creo que eso es lo que les falta a estos niños y niñas. Y si no se lo entregamos nosotros, no sé si sus padres se lo entregarán.

Los profesores estaban confundidos. Julián iba a hablar pero alguien se le adelantó.

—Muy bonita historia. Pero sigo sin entender qué es lo que quiere hacer.

Todos dirigieron sus miradas hacia la punta opuesta de la mesa. Era el director quien había hablado. Su presencia era tan silenciosa que a todos se les había olvidado que estaba ahí.

—Bueno, quiero representar una historia. Les contaremos a los alumnos que existe en este radio del bosque el mapa escondido de un tesoro. Les diremos que los antiguos corsarios que pelearon contra los españoles en nuestras costas y el mar, lo escondieron aquí. Dejaremos pistas en uno y otro punto de tal forma que al final, entre todos hallarán ese mapa. Y luego en conjunto encontraremos el tesoro. Los profesores y apoderados que se disfrazarán, le entregarán una cuota de ambiente a la actividad; aparte que les darán claves a los niños para seguir adelante con su aventura. Es algo así como los parques temáticos o los

tours que se hacen en el día del patrimonio y aparecen personajes disfrazados como si fuesen habitantes antiguos. ¿Qué les parece?

La profesora Nodimia entrelazó sus dedos y colocó un rostro que demostraba no estar muy convencida de la actividad.

—Sí, es una idea genial. Entretenida, ¿cómo no? Con esto de las pistas, los piratas y esos chismes. Pero, ¿crees que les llame la atención a nuestros chicos? Es raro que te lo diga yo, puesto que soy la mayor de los aquí presentes y debiese conectarme con tu plan, pero me parece que en estos tiempos tecnológicos, este tipo de historias no llaman la atención.

Emilia se sintió decepcionada. La profesora Nodimia prosiguió.

—Joven Emilia, piense lo siguiente: lo que usted quiere hacer está dirigido hacia quienes leían Sandokán de Emilio Salgari, con todas esas historias de piratas y aventuras. Pero ahora los niños no leen eso. Son otros tiempos. Además que con aquello de los disfraces es mucho gasto y no queremos ahogar nuestro presupuesto.

El profesor de Educación Física lanzó una risotada.

—¡Ahí está! Solo le interesa cuidar los intereses del dueño de la escuela. ¿Pero y los niños dónde quedan? ¿Y mis colchonetas, ah?

Nodimia tomó la campanilla y la hizo sonar.

—¡Cambio de tema, cambio de tema! ¿Alguien más tiene que decir algo?

—No— el director tomó la campanilla y la dejó al medio de la mesa— Me parece una excelente propuesta, jovencita Emilia. Tiene mi apoyo. Yo le doy el visto bueno.

Emilia grito de alegría. La profesora Nodimia se cruzó de brazos, enfadada.

—¡Muchas gracias, de verdad, señor director! Ahora necesito que me apoyen con los disfraces. Tengo personajes para que cada uno elija. Incluso les creé algunos diálogos.

Emilia sacó de su bolso tarjetas con frases escritas y las dejó encima para que los demás las leyesen. Luego volvió a tomar el plano. Con un lápiz marcó distintos puntos.

—Aquí hay una cueva. En este lugar los niños encontrarán una parte del mapa. La idea es que aparezca desde el fondo un pirata cojo con pata de palo, un parche en el ojo, un garfio, el loro... Bueno, si vieron Peter Pan ya saben a qué me refiero.

—¡Oh, me encantan los loros!— exclamó el profesor Julián— ¿Puedo disfrazarme de uno?

—O sea... Ese personaje no está dentro de la historia pero si...

—¡Sí! Siempre he pensado en que quizás en otra vida fui un loro. No sé, hay algo que me lo dice.

La profesora Nodimia seguía molesta. Con una mano tomó el plano de Emilia y le dio una mirada escudriñadora, con un dejo de desconfianza.

—¿Dices que hay una cueva?

—Así es, Nodimia. Pero le aseguro que no sucederá nada. Tomaremos todos los resguardos necesarios. Yo misma me comprometo a ello.

—¿Y qué otras cosas has visto en el bosque?

—Bueno, hay un pequeño riachuelo, hay unos árboles de cientos de años y un sitio rocoso donde se dice viven zorros. Pero son muy tímidos. Si ven a los niños se esconderán en sus madrigueras.

La profesora Nodimia observó el plano con preocupación. Luego volvió a mirar hacia fuera por la ventana.

—Parece que se va a poner helado.

Todos miraron hacia fuera. Un viento fuerte meció las ramas de los árboles y a los arbustos. El sonido de la campanilla devolvió la atención de los presentes.

—Muy bien. Te saliste con la tuya, Emilia. ¿Para cuándo quieres hacer esto?

—Bueno, la reunión de curso será mañana y le debo contar mi plan a los padres. Y en el fin de semana podríamos dejar todo listo en el bosque... Así que el lunes de la próxima semana estaría bien.

El director se levantó de su asiento y le dio la mano a Emilia.

—Jovencita, yo quiero ser el pirata cojo.

—Délo por hecho.

Mientras Betsimar tomaba desayuno, veía a su padre Carlos ir de un lado a otro de la casa, registrando el armario y los muebles. Ella sentía que algo estaba pasando.

—Papá, ¿no me va a decir nada?

El hombre se detuvo en su deambular y quedó mirando con extrañeza a su hija.

—¿Decirte algo? Mi boni, ¿de qué vaina tendría que hablarle?

—Es que como ayer fue la reunión de apoderados... Y no sé, a lo mejor la señorita Emilia le dijo algo a usted.

—No, mi boni. ¿Tenía que haberme dicho una cosa? A ver, ¿cómo es eso? ¿Acaso usted hizo algo?

—No, nada... Solo preguntaba... Oiga, ¿y qué anda buscando?

—Un disfraz que tenía de hace años.

—¿Un disfraz? ¿Para qué?

El padre de Betsimar se llevó las manos a la cabeza. En voz baja se retó a sí mismo.

—Nada, nada, mi boni. Es que en mi chamba un compañero tiene un hijo y le van a hacer una fiesta de disfraces. ¡Figúrese, usted! Entonces le estaba buscando el traje para prestárselo...

—¡Papá, usted podría organizarme una fiesta de disfraces!

—Mi niña, no hay dinero para eso, oiga.

—Pero al paso que voy, sí tendremos.

Betsimar se dirigió hasta la cocina. Abrió el horno y extrajo una bandeja llena de arepas. Olía exquisito.

—¿Ya ve? Con esto tendremos muchos clientes.

—Hija, mi boni, usted dedíquese a estudiar. Déjeme a mí juntar la platica.

—Quizás es verdad. A usted le falta emprender.

—¿Qué cosa?

—Olvídelo. Ya, me voy a la escuela.

Betsimar tomó su mochila y fue a despedirse de su padre.

—Ya nos irá mejor— dijo él.

—Supongo.

Clara bebía su leche descremada a la vez que observaba a su padre en la mesa sacando cuentas en una calculadora. La madre de ella los acompañaba a través de la pantalla de un notebook mediante el sistema de videoconferencia. Desde ahí, le daba instrucciones a su esposo acerca de asuntos financieros.

—Papá, es un poco tarde. Debes llevarme al colegio en tu auto.

—Un momento, Clara. Estoy ocupado... ¿Por qué no te lleva Iván?

Iván era el empleado de confianza del padre de Clara. Le ayudaba en todo tipo de quehaceres. A veces trabajaba de gáster, otras de carpintero, jardinero, y a veces era mozo en el restaurante. En ese momento estaba trabajando como pintor, pasando la brocha por la casa.

—Papá, la hora.

—¡Clara!— exclamó la madre desde el computador— Tu papá y yo estamos tratando temas de suma urgencia. Si quieres ese celular de último modelo para tu cumpleaños, déjanos entonces seguir trabajando con tranquilidad.

Sin dirigirle la mirada, el padre sacó unas llaves del bolsillo y se las entregó a Clara.

—Dile a Iván que te deje en la escuela.

Clara tomó las llaves.

—Adiós, papá. Adiós, mamá.

No obtuvo respuesta. Salió por la puerta y llamó a Iván.

—De nuevo te toca ir a dejarme a la escuela.

—Será un honor, Clarita.

—No me digas así, suena ridículo.

—Como usted mande.

Durante el camino, Iván le contó una infidencia a Clara.

—¿Sabe? El otro día me tocó otra vez ser su apoderado, en la reunión. Su profesora Emilia me habló a solas, muy seria, por el tema de que en el restaurante se estuviese sirviendo carne de huemul. Y yo le conté que no sabía qué decirle, porque yo no era su padre y solo estaba ahí por la buena voluntad.

—¿Te gusta mi familia?

Iván calló unos segundos.

—Yo admiro a sus padres. Es gente muy esforzada. Por eso les va bien en sus negocios.

—¿Y si no les fuera bien? ¿Los admirarías por alguna otra cosa?

Iván dio una pequeña risa. Pero no contestó.

PARTE II
EL BOSQUE

Un lunes por la mañana, los alumnos de la escuela de Punta Arenas se llevaron una gran sorpresa cuando al llegar a esta, la profesora Emilia les esperaba en el patio con un micrófono en la mano.

—Niños y niñas, queridos jóvenes de nuestra escuela, hoy no habrá clases. No se preocupen. No ha sucedido nada grave. Al contrario, es algo fabuloso. Hay un secreto que quiero compartir con todos ustedes. Hace mucho tiempo, circulan distintos tipos de leyendas con respecto al bosque que tenemos al lado nuestro. Muchas de estas historias son fruto de la imaginación pero hay otras que tienen una base real. Por ejemplo, hay un relato que dice que hace muchos años atrás, siglos para ser exacta, un grupo de piratas dejó escondido un tesoro. El mapa de cómo llegar hasta él fue enterrado en alguna parte de nuestro bosque. Y esa es la misión a la cual llamo a todos y todas: como equipo, encontraremos ese mapa para posteriormente dar con el paradero de aquel tesoro. Les invito a esta actividad que estoy segura les motivará y llenará de alegría sus jóvenes corazones.

Se escuchó un mar de murmullos entre los alumnos, todos comentando lo inusual de la actividad.

—¿Alguien me podría decir si esto es una broma?— preguntó Clara.

—Ahora les iremos separando de dos en dos. Cada grupo representará un equipo. La idea es que cada pista que encuentren como pareja, la vayan compartiendo con otras parejas, para así trabajar en conjunto. En esta carpeta que ven ustedes en mis manos, anotaremos sus nombres para saber quién está presente.

Entre la profesora Emilia y la auxiliar de aseo, Gladis, fueron agrupando las duplas. Los equipos estaban de antemano hechos por la profesora.

—Ustedes dos son el Equipo Huemul.

Las niñas se miraron desconcertadas. No lo podían creer.

—¡Señorita Emilia, ella me cae muy mal!— reclamó Betsimar.

—Esto lo está haciendo a propósito, ¿no cierto?— Clara hizo un gesto de incomodidad.

La profesora Emilia les contestó con una amplia sonrisa.

—Estoy segura que harán una buena dupla.

—A ver, a ver— dijo Clara— ¿Usted cree que esta es la clásica historia de la chica mala que termina haciéndose amiga de la niña desvalida? Usted ha visto mucha televisión.

—Algún día me lo agradecerán las dos. Ahora necesito que echen sus mochilas y sus aparatos electrónicos en esta bolsa. Se los devolveremos una vez que termine la actividad.

Clara colocó un rostro presa del horror.

—¡No! ¡Con mi celular no se metan! ¡No podría sobrevivir ni un minuto sin postear algo!

—Queremos que disfruten el bosque al máximo, sin distracciones. No les sucederá nada, crean en mí, niñas. ¿Qué dices tú, Betsimar?

—La verdad es que no uso celular.

Las parejas (aunque había algunos grupos de tres o cuatro integrantes), avanzaron hasta el bosque, precedidos por la profesora Emilia. La pareja de ella era Pedro. Una vez adentrados en el bosque, la profesora Emilia se detuvo frente a un gran árbol marcado, e hizo entrega a cada equipo de una bolsa de género con un silbato, una brújula y un paquete de frutos secos.

—¿Recuerdan lo que vimos en clase sobre las brújulas? Bien, ha llegado el momento en que pongan en práctica esos conocimientos. Además, ante cualquier pista que encuentren o por algún problema que tengan, pueden hacer sonar su silbato. Entonces, a partir de este árbol nos dividiremos. Cada equipo puede tomar el camino que estime conveniente.

—¿Y si nos perdemos?— preguntó un niño.

—No se perderán. Se han tomado los resguardos para que no les suceda nada. Por ejemplo, hemos puesto banderines para que sepan que van por buen camino.

—¡Señorita Emilia!— exclamó Clara— Está muy mal haber dejado sin celulares a todos. Si a mí me pasa algo, usted tendrá la culpa.

—Clara, no seas así. Para que la actividad pueda desarrollarse con normalidad, es necesario no llevar celulares consigo. Además, por algo les entregué los silbatos.

La niña movió la cabeza en señal de disconformidad.

—Les deseo niños y niñas, un momento lleno de magia y alegría. ¡A encontrar el mapa y su tesoro!

—¡Vamos por el tesoro! ¡Vamos!— gritó Pedro lleno de emoción, sacando carcajadas.

—Ese Pedro tiene un problema— dijo Clara.

—No. Yo creo que él está divirtiéndose. Eso no es malo— Betsimar miraba a su compañera con molestia.

—¿Te gusta Pedro?

—¿Qué? A ninguna niña le gusta...Pero es simpático.

Avanzaron y se detuvieron ante un sendero donde había un banderín rojo.

—Supongo que esto es una pista— dijo Clara en tono irónico.

—Quizás encontremos algo por aquí, ¿vamos?

—Ve sola, yo me quedaré acá, sentada. Primero, no me interesa este juego para niños chicos. Y segundo, no me interesa perderme contigo en el bosque.

—Bueno, me haces un favor.

Entonces, Clara sacó de entre su ropa un celular.

—Jamás dejaría esto de lado.

Betsimar le miró decepcionada. Sin decir nada, entró por el sendero del banderín. Desde ahí se podía ver a los

demás grupos dispersarse en derredor, tomando diversos caminos.

—No lo puedo creer— dijo Clara observando el celular— A María José le compraron unos zapatos con tacones... Y yo aquí, con estos zapatos sucios.

Los minutos pasaron. Clara miró hacia su alrededor. A lo lejos podía percibir siluetas de sus compañeros moverse entre el bosque. Le pareció escuchar un par de silbatos. Pensó en que Betsimar sabría seguir sola el camino. No era necesario que ella estuviese ahí. Además, ante cualquier problema que se presentara podría hacer uso del pito. Fue entonces cuando Clara se percató de algo: a su lado estaba la bolsa con la brújula, los frutos secos y el silbato.

—Ay, no— se dijo— Si la niña mimada se pierde, todos se van a ir en contra mía... Bueno, no es que me importe mucho pero, ¡ay, qué aburrido!

Entonces Clara guardó su celular y tomó la bolsa. Con desconfianza avanzó por el sendero que señalaba el banderín.

—¡Hola!— gritó— ¿Me escuchas? ¡Se te quedaron unas cosas!

Dio un grito. Frente suyo, a través del piso húmedo, se cruzó un escarabajo.

—¡Qué asco más grande! ¿Por qué no pusieron edificios en vez de árboles?

Llegó hasta un tronco cortado. En este punto el sendero se cortaba, apareciendo en derredor una masa de árboles. Miró hacia todos lados pensando en qué rumbo podría haber tomado Betsimar.

—¿Y si mejor me devuelvo?

De pronto, sintió que algo se movía entre los arbustos. Le dio escalofríos. Una fuerte ráfaga de viento coincidió con aquel momento aumentando su sensación de desconcierto. Caminó a paso rápido entre los árboles. De tanto en tanto se volteaba hacia atrás para cerciorarse si aquello que se movía entre la vegetación, la seguía. Tal parecía que ya no. Quizás era solo el viento y nada más, pensó. Registró las cosas de la bolsa y sacó el silbato. Lo hizo sonar.

—¡Mimada! ¿Me escuchas?

Entonces, oyó un disparo. Provenía de unos cuantos metros hacia delante. A esto le siguió un grito.

—¡Betsimar!— exclamó.

Corrió con desesperación, tanto que tropezó y se peló la rodilla.

—¡No! ¡Ensucí mi jumper nuevo!

Se levantó y siguió corriendo. Se detuvo. Frente a ella había un pequeño claro, rodeado de arbustos y plantas. En el medio, un charco con agua estancada reflejaba los rayos del sol. Volvió a escuchar otro disparo.

—Psst, oye. Ven, rápido.

Clara buscó con la mirada para descubrir de dónde venía aquella voz. Recibió una piedra en su pierna.

—¡Esa es la que me duele!

En la dirección de donde venía la piedra, había una roca tras la cual el charco limitaba con la orilla. Ahí, apoyada en esta, Betsimar observaba reflexiva, el agua.

—¡Sal de ahí!— le dijo Clara.

—¡No! Tú ven para acá.

Al volver a escuchar otro disparo, Clara bajó por una pequeña pendiente hasta la orilla. Resbaló un poco, se sujetó de unas ramas hasta que llegó donde Clara.

—¿No te parece bonito este lugar? Me recuerda un poco a mi país.

—¿Bonito? ¿Qué te pasa, estás loca? ¡Hay disparos, hay barro, bichos! ¡Y mucho barro! ¿Captas eso? ¡Mira mis zapatos! Qué desgracia.

Betsimar la observó con un gesto irónico. Ella tenía barro hasta los tobillos producto que se había metido al charco.

—¿Quiénes son los que disparan? ¿Serán parte del show de la señorita Emilia?— Clara se asomaba tras la roca para cerciorarse si andaba alguien cerca.

—No lo sé... Pero me asusté. Di un grito y salté aquí.

—Sí, te oí. Por eso te encontré.

—¿Estabas preocupada por mí?

—¿Ah? Oye, niña mimada, lo que me preocupa ahora son mis zapatos y cómo me va a quedar de sucio el pelo. Yo solo vine a traerte el silbato y estas cosas. No quiero que me echen la culpa si te pierdes.

Así, Clara le entregó las cosas a Betsimar.

—Gracias. ¡Oh, mira!

Betsimar indicó el charco. Un grupo de pequeñas formas alargadas se movían levantando la tierra que daba el color cafecito al agua.

—¡Qué asco! ¿No me digas que son pirigüines?

—¿Ah? No, son guarisapos.

—Es lo mismo. Acá les decimos pirigüines.

Betsimar introdujo la mano al agua para tomar alguno. Clara se volteó asqueada. Los guarisapos se escabulleron al principio, pero luego rodearon la mano de la niña, rozándola.

—Da cosquillas. Es extraño, ¿no crees?

—¿Extraño? ¡Da asco! Esas cosas son como ratones de agua.

—No, nada que ver. En estos momentos son como niños o niñas jóvenes. Su mundo es el agua, pero después van a crecer, van a perder la cola, les aparecerán patas y manos y entonces saldrán a la superficie. ¡Mira!

Betsimar indicó a dos sapos que estaban entre la hierba.

—En algún momento, estos guarisapos serán como los adultos que están ahí. ¿Les gustará la idea de que van a crecer? A lo mejor preferirían siempre quedarse así como están.

Betsimar observó ensimismada a los sapos adultos. Suspiró.

—Oye, yo me voy de aquí. Ya te entregué estas cosas, si quieres quedarte es cosa tuya. De verdad, este sitio no es para mí.

Clara hizo ademán de alejarse. Sin embargo, una imagen captó su atención. Se colocó frente a la roca. Ladeaba la

cabeza intentando descifrar lo que veía. Betsimar, intrigada, se puso a su lado.

—¿Qué miras?

—¿Qué es eso?— Clara pasó su mano encima de la roca. Había un dibujo que semejaba ser un animal. Parecía un venado.

—Es como esos dibujos que nos mostró la profesora Emilia la otra vez. Quizás los hicieron los indígenas— aseveró Betsimar.

—¿En qué clase fue eso? No me acuerdo.

—A lo mejor estabas chateando en el celular.

Entonces escucharon pasos. Se voltearon a observar. Asustadas, se apoyaron espalda con espalda. Los arbustos se movieron a un costado, arriba del claro. Estos movimientos avanzaron por toda la orilla, describiendo un círculo.

—¡Ay, debe ser eso que me venía siguiendo!— exclamó Clara.

—¿Qué cosa?

—No sé, nunca lo vi. Pero mientras caminaba sentí algo entre los árboles. ¡Toca el silbato para que nos rescaten!

Antes que Betsimar hiciese sonar el silbato, emergió de entre los arbustos un animal. Era café oscuro, de tamaño mediano, su figura era esbelta y su pelaje brillante. Su cuello largo remataba en una cabeza adornada por dos grandes astas con pequeñas protuberancias.

—¡Un ciervo!— exclamó Clara.

—Es un huemul.

—¿Ah, sí? Oye, yo soy chilena, yo debiera saber eso.
¿Cómo los conoces?

—Pero si están en el escudo de tu país.

—¿Ah? Olvídalo.

Para sorpresa de las niñas, el animal, sin problema, descendió hacia el claro y se detuvo en la orilla del charco. Bajó su elegante cuello y bebió del agua estancada. El huemul parecía exhausto, como si hubiese estado corriendo por mucho rato en el bosque.

—Así que estos son los animales que mi papá va a servir en el restaurante.

—Y no debería porque están en peligro.

—Ay, ya, si eso no es tan terrible. A lo mejor me voy montando en él y se lo doy a mi papá.

Clara rio sola con su ocurrencia. Betsimar, en tanto, le dirigió una mirada llena de molestia. Entonces, sin preocuparse por volver a mojar los zapatos, Betsimar se metió al charco y avanzó lento hacia el huemul.

—¿Qué haces, mimada?

—Voy a acariciarlo.

Sin embargo, a pocos pasos de llegar hasta él, el animal levantó la cabeza, desconfiado. Bufó.

—¡Te va a comer!— dijo Clara.

—No son carnívoros.

—Pero tiene cuernos, debe ser malo, ¿no?

El huemul se echó hacia atrás en posición defensiva. Un viento fuerte pasó entremedio levantando tierra. Luego de

dispersarse el polvo, fue cuando Betsimar vio que en uno de los cuernos del animal había ensartado un papel. Este, con el viento se bamboleó de un lado a otro.

—¡Clara, mira!

Clara dirigió su mirada hacia donde apuntaba Betsimar.

—¿Qué? Es un envoltorio que se le quedó atrapado en un cuerno.

—¡No! ¡Es el mapa!, el mapa que tenemos que encontrar.

Clara frunció el ceño. No parecía convencida. Se cruzó de brazos, pensó un rato, y luego rio.

—¡Ya lo entendí! La señorita Emilia quiere enseñarme a que debo proteger los huemules y bla, bla, bla. Por eso puso el mapa en el cuerno de este animal para que sienta cariño por él. O sea, que toda esta actividad fue hecha para darme una lección a mí.

Betsimar la observó enojada.

—No eres la única que va a nuestra escuela, ¿lo sabías?

—Lamentablemente.

De pronto se escuchó otro disparo. El huemul, asustado, subió la pequeña cuesta, abandonando el claro para perderse en el bosque.

—¡No! ¡Debemos protegerlo!— gritó Betsimar.

—¿Al mapa?

—¡Al huemul!

—Ay, no pasa nada. Porque ahora que lo pienso los que disparan podrían ser cazadores contratados por mi papá para cazar huemules. Y si son trabajadores de él, ¡no nos pasará nada!

Betsimar no hizo caso de las palabras de Clara y subió de vuelta al bosque.

—Que se vaya, me da lo mismo.

Otro disparo. Esta vez, más cerca del charco. Clara tembló.

—Pero si traje mi celular— lo sacó de su bolsillo y marcó el número de su casa. Sin embargo, en aquel lugar ya no llegaba la señal.

Entonces pensó en el silbato. Iba a tocarlo pero recordó que se lo había entregado a Betsimar. Se llevó una mano hacia la cara.

—Ay, no sé qué estoy haciendo— con rapidez subió la pendiente y se adentró corriendo entre los árboles. Logró divisar a cierta distancia a Betsimar. Así que fue tras ella.

Mientras corría le pareció escuchar voces de hombres adultos. No eran voces amables sino que se escuchaban muy molestas. Luego de un rato, Clara se detuvo a descansar apoyada en un árbol. Sintió temor ya que no sabía en qué lugar del bosque estaba. Entonces escuchó otro disparo. Y otra vez un grito. Quedó estupefacta unos instantes. Era muy probable que Betsimar estuviera en peligro pero estaba consciente que si avanzaba, ella también lo estaría.

—Conste que solo lo hago para tener el silbato y pedir ayuda.

Tomó fuerzas y volvió a correr. Mientras lo hacía, percibió una sensación extraña. Era como si sintiese que el bosque cada vez creciese más, como si el lugar de la actividad que la profesora Emilia había escogido, se expandiese.

—¡Ayuda!

Clara miró hacia la izquierda. Como si hubiese aparecido de la nada, vio un conjunto de rocas. Desde ese lugar venía el grito de Betsimar. Corrió hasta ahí. Subió una roca.

—¿Dónde estás?

—¡Acá, abajo! ¡Me caí!

Entre dos rocas había una abertura. Clara, con mucha reticencia, asomó la cabeza. Estaba muy oscuro. Aún así, pudo distinguir la silueta de Betsimar.

—¿Cómo te caíste?

—El huemul trepó estas piedras y yo lo seguí.

—¡Eres muy tonta! ¿Cómo te saco ahora? ¡Toca el silbato para que alguien escuche que estamos aquí!

—¡Se me perdió, no lo encuentro!

Clara se llevó ambas manos al rostro. Pensó en alguna solución para sacar de ahí a su compañera de equipo. De pronto, se le ocurrió que si le extendía algo parecido a una cuerda podría sacarla. El problema es que no había ninguna cuerda. Y lo más cercano a ello era alguna ropa. Se palpó su fino chaleco.

—No, no lo puedo hacer— se dijo.

—¡Ayúdame, por favor!

Lo pensó unos minutos. Luego, tomó su chaleco de una manga y le amarró a un tronco, luego lo extendió a Betsimar a través de la abertura entre las rocas.

—¡Agárrate de mi chaleco! ¡Pero no lo maltrates porque es caro!

Betsimar se agarró. Con todas las fuerzas que pudo, Clara ayudó a arrastrarla hacia la superficie.

—Muchas gracias.

—Sí, claro— Clara observaba su chaleco. Al haber sido estirado, se deformó en su tamaño. De todas formas se lo volvió a colocar— Cuando les cuente a mis papás que a la señorita Emilia se le ocurrió hacer esta actividad, van a hacer que la saquen del colegio.

Betsimar puso un rostro triste. Se sentó en la misma roca desde la que había caído intentando alcanzar al huemul para protegerlo y de paso obtener el mapa.

—Yo creo que la profesora es una buena persona. Quería hacernos sentir bien pero nunca pensó en los peligros del bosque...

—Mi chaleco caro...

Clara también se sentó, cabizbaja. De repente, tal cual las dos se hubieran puesto de acuerdo de antemano, levantaron sus cabezas descubriendo al mismo tiempo que frente suyo se encontraba algo que se les había pasado por alto.

—¿Qué es eso?— exclamó Clara.

Delante, a unos diez metros, había un asta pero que en vez de tener en su punta un banderín, tenía un pedazo de género roído. Tras esto, había una serie de pilares dispuestos en forma más o menos ordenada. Unos estaban inclinados, otros erguidos y algunos quebrados. Las niñas avanzaron hacia el lugar, cuidando de no caer en algún hueco entre las rocas.

—Supongo que esta cosa indica que vamos bien— expresó Clara, tomando con la punta de sus dedos el pedazo de género en el asta.

Betsimar fue de inmediato a investigar los pilares. Pasó las manos por ellos. Tenían relieves. Estos eran dibujos grabados.

—No sabía que en este bosque habían puesto postes de luz— dijo Clara poniéndose al lado de Betsimar.

—No son postes de luz. Son tótems.

Clara le dirigió una mirada que expresaba su confusión.

—¿Estás hablando en algún idioma raro que ocupan en tu país?

—No, nada que ver. Los tótems son construcciones sagradas que se encuentran en varias culturas indígenas. Representan los espíritus de tus antepasados. Fíjate bien.

Betsimar le pidió a Clara que mirara el tallado que había en el pilar. Tenía en su parte superior la forma de un animal. Así, vieron pilar por pilar y comprobaron que cada uno tenía su propia figura animal. En uno, Betsimar abrió la boca asombrada.

—¡Este es un huemul!

Clara hizo un gesto de no entender nada.

—La señorita Emilia ve demasiada televisión. Eso es seguro...

—No, estos tótems deben estar aquí desde hace muchos años. No los hizo ella.

—¿Cómo sabes tanto de estas cosas de totes o cómo se llamen?

Betsimar agachó la cabeza. Observó nostálgica las figuras inscritas en los pilares.

—Cuando era más pequeña, mi mamá me llevaba con ella a su trabajo. Como era arqueóloga siempre encontraba cosas antiguas. Le gustaba mucho todo lo que tuviera que ver con indígenas. Una vez me llevó a ver unos tótems...

En ese punto, a Betsimar le brillaron los ojos. Calló y luego se pasó un brazo por el rostro. Clara la observaba un poco avergonzada.

—Debe ser entretenido acompañar a los padres al trabajo, supongo.

—Sí, con mi mamá me divertía mucho.

—El trabajo de mis papás es importante, son temas de números, sacar cuentas, pagarle a mucha gente. Por eso no me gusta molestarlos.

—¿En serio? Si mi papá tuviera un restaurante como el tuyo, yo pasaría metida ahí y me pondría a cocinar. Cuando acompañaba a mi mamá le llevaba unas galletas que yo le hacía.

—¿Ah, sí? No me gusta la cocina.

—Es lo mejor. Yo hago arepas, son mi especialidad.

—¿Qué es eso?

—Son pastelitos hechos de maíz. Son muy sabrosos. Un día te llevaré una arepa a la escuela.

—No sé. Mi papá dice que él prefiere la comida europea porque es mejor. ¿Venezuela no está en Europa, no?

—Pues no.

Se escucharon unos pasos suaves. Las niñas miraron al mismo tiempo. Era el huemul. Estaba detenido pastando a unos metros. El mapa aún estaba ensartado en su asta.

—Parece que nos estuviera esperando.

—¡Ay! Tú también ves mucha televisión. Yo prefiero ver videos en el celular.

—Mira, se está moviendo.

Luego de pastar, el huemul levantó el cuello e hizo un movimiento circular con la cabeza. Bufó. Después, corrió hasta donde terminaban los pilares para entrar por una cueva tapada en plantas. Betsimar le siguió.

—¡Oye! ¿Adónde vas?

—¡Ven!

Betsimar se detuvo ante la cueva. Estaba indecisa. Clara llegó a su lado. La cueva parecía tenebrosa debido a que su entrada era oscura y estaba custodiada por enredaderas y copiosa vegetación.

—Entremos— dijo Betsimar.

—Oye, esto ya está llegando muy lejos.

—¿No quieres saber si lo del mapa y el tesoro son verdad?

Clara abrió la boca en gesto irónico.

—Por favor, ya no soy una niña chica. Lo que quiero es no seguir ensuciando mi ropa.

—Si quieres te doy otra buena razón para entrar.

—¿Ah, sí? Te escucho.

—Mira atrás.

Clara volteó la cabeza. Sobre las rocas en las que habían estado hacía un rato, un grupo de hombres con escopetas avanzaban hacia ellas.

—¡Vengan hacia acá!— gritó un hombre— ¡Este es un sitio privado!

—Me convenciste— dijo Clara.

Entonces ambas entraron a la cueva.

—Esos hombres no le harán daño al huemul.

—Claro, al huemul no, ¿pero a nosotras?

Por unos momentos caminaron por un sitio estrecho y oscuro que de a poco descendía. Podían escuchar un curso de agua chocando entre piedras.

—No veo nada— dijo Clara, quien iba detrás.

—Al frente parece que hay una luz.

—No sé cómo la gente prehistórica vivía en estas cuevas horribles y sin Internet.

De pronto, Betsimar se detuvo. Clara chocó tras ella. Habían llegado hacia una entrada que descendía por una pendiente no pronunciada, hasta un río. El lugar, de forma increíble, tenía una luz, que aunque era tenue, alumbraba con holgura la caverna. Las niñas bajaron de a poco para no resbalar.

—¡Señorita Emilia!— gritó Clara provocando un eco— ¡Si está ahí, quiero decirle que no he aprendido ninguna lección!

—¡Cállate!

Se escuchó en el aire el revoloteo de varias criaturas.

—Esto es como en las películas, deben ser murciélagos.

—Déjame adivinar, ¿qué sigue? ¿Aparecerán Batman y Robin?

De a poco, se dejó sentir el golpeteo de un tambor. Las niñas se asustaron. El sonido venía desde algún punto lejano en el curso del río. Escucharon con atención. También había una voz que acompañaba al instrumento. Era suave y a la vez profunda. Su eco recorrió la caverna como si la acariciara. Desde la lejanía, se dibujó la silueta de un bote. En él iba sentada una figura que no se distinguía bien. Las niñas se miraron intrigadas. Por un instante el sonido del palpar de sus corazones, se hizo uno con la voz cantante y el golpear del agua contra las piedras.

—Tiachkachaou payanbi chakí

Arriba del bote iba una anciana. Ella era quien cantaba, acompañada de un tambor. Alrededor de este había dibujado un cintillo con figuras y símbolos. El bote, con la mujer, se detuvo en la orilla donde estaban Clara y Betsimar.

—¡Oh, pequeñas niñas huincas! ¿Andan perdidas?

Clara tironeó de un brazo a Betsimar y se le acercó al oído.

—Esta señora no me da confianza.

—¿Por qué? ¿Crees que es una bruja?

—No, yo no creo en esas tonterías, es que se viste muy mal.

La mujer, sin apenas moverse, observaba de pies a cabeza a las niñas. Oteó hacia la entrada por la cual habían descendido.

—¡Suban, vamos! No estarán más seguras en otro lugar, que en este bote.

—No, ¿sabe? La verdad es que nos tenemos que devolver. No es que creamos que es una mujer mala, ni nada de eso. Pero estamos en medio de una actividad y nuestra profesora se molestará si no nos encuentra.

La explicación de Clara hizo que la mirada de la anciana se iluminara. Dio una sonrisa.

—¡Ah, pequeñas! Ustedes están buscando un huemul. Ambas niñas se miraron entre aterradas y sorprendidas.

—¿Cómo sabe eso?— preguntó Betsimar.

—Suban a mi humilde bote y podremos conversar de muchas otras cosas.

—Insisto, creo que tenemos que irnos. Oye, mimada, vámonos.

La anciana dio una risa.

—Allá afuera hay gente mala. Piratas, hombres con escopetas, monstruos. Aquí estamos seguras. Este es el corazón de la Tierra. Aquí mana la paz y la tranquilidad. Suban, por favor.

—Ay, esta señora sí que es rara.

Al subir al bote, las niñas buscaron con la mirada los remos. Antes que preguntaran dónde se encontraban, la anciana habló.

—Esta embarcación se mueve con mi canto: ¡Kstá kstá!
De inmediato, el bote se adentró en medio del río y navegó contra corriente, devolviéndose por el camino del cual la mujer había aparecido.

—¿Cómo lo hace? ¿Hay algún dispositivo? ¿O es una aplicación nueva? ¡Dígame que aquí hay señal para el celular!

La anciana no hizo caso de las palabras de Clara y continuó cantando. A medida que navegaban las aguas del río, se adentraban en la zona más amplia de la caverna. Arriba de sus cabezas el techo estaba por lo menos a unos cincuenta metros.

—Esto es muy bonito.

—¿Bonito? Oye, si hay un terremoto nos cae todo esto encima.

Entonces la anciana detuvo su canto.

—Ningún movimiento sísmico ha roto la paz de este lugar. Cierren un momento sus ojos y dejen que la imaginación vuelva a sus mentes. Conéctense con su entorno.

—Ay, ya se puso a hablar como mi tía Pamela, la hippie. Señora, ¿hacia dónde nos lleva? ¿No nos está secuestrando, no cierto?

La mujer dio una gran risa.

—Ustedes cuéntenme, ¿qué es lo que quieren, niñas? Sé que tienen historias que decir. Pero no están preparadas para contarlas. Empecemos por lo simple. Háblenme de la actividad que están haciendo.

Clara se arrinconó en la punta opuesta del bote. Miraba el agua. Era cristalina y su rostro se reflejaba en ella. Le pareció ver algo abajo. En tanto, Betsimar se puso al lado de la anciana.

—La profesora Emilia hizo una actividad. Tenemos que encontrar un mapa de un tesoro.

—Ya veo. Y ese mapa es el que lleva el huemul en una de sus astas.

—¡Sí! ¿Cómo supo eso también?

—Porque yo he visto a ese animal correr por esta caverna. Está desorientado. Él quiere volver a su hogar.

De pronto, Clara dejó de mirar su reflejo en el río. Levantó su cabeza, como si algo hubiese recordado. Era aquella voz de la anciana; ya la había escuchado antes. La miró de reojo. Pero no prestó más atención a eso. Luego, intentó comprender el mecanismo por el cual el bote podía navegar. Su teoría era que bajo el tambor había algún timón camuflado. O quizás bajo sus pies se escondía cierto engranaje que conectara con algún motor escondido tras la madera.

—¿Por qué desconfías de mí, niña?

Clara se puso nerviosa y resbaló golpeándose un costado con el mismo bote.

—¿Yo? No, es solo que... No estoy acostumbrada a hablar con gente mayor.

—Sal de la burbuja, Clara. Es hora.

Clara se levantó, asustada.

—¿Cómo me conoce?

—Bueno, delante las escuché hablar entre ustedes. Es obvio que oí cuando se nombraban.

—Ah, eso tiene sentido— Clara volvió a sentarse.

Betsimar arqueó las cejas.

—Pero no nos hemos nombrado en este rato.

Clara se paró una vez más.

—¡Eso es cierto!

La anciana rio.

—Yo conozco a todos los niños de su escuela. Tengo una hermana que trabaja ahí. Hace tiempo que no la he visto. Cuando regresen, denle mis saludos. Por cierto, se llama Nodimia.

Clara dio un capirotazo. Tomó de un brazo a Betsimar y la atrajo hacia sí.

—¡Ya lo sabía! Esta anciana es la señorita Nodimia, la de Historia. Está disfrazada. Por eso se me hacía conocida su voz. Oye, escúchame bien. Al parecer la profesora Emilia hizo que todos se disfrazaran, ¡como en los parques temáticos! Sigámosle el juego. Hagámosle pensar que nos creíamos todo su bla bla y sus cosas raras.

Luego, Clara se dirigió hacia la anciana.

—Por supuesto, señora mágica. Cuando regresemos a la escuela le vamos a dar sus saludos a su querida hermana Nodimia. ¿Sabía que me puso un dos en una prueba porque estaba copiando? ¿Y sabe? ¡Yo jamás copio! Me estaban copiando a mí y ella se confundió. ¡Yo no necesito

mirarle la prueba a nadie! Mi papá me paga profesores privados para ser más inteligente que el resto. Espero que la señorita Nodimia me arregle esa nota...

La anciana sonrió. Guardó silencio unos minutos.

—¿Viste, mimada?— le dijo al oído a Betsimar— Como se dio cuenta que yo la descubrí, no va a decir nada.

Betsimar movió su cabeza confundida.

—No lo sé. ¿Por qué la profesora Emilia iba a hacer que los demás se disfrazaran?

De pronto, la anciana retomó su canto.

—No me guste que cante.

—Parece que es indígena. Yo creo que ella vive aquí.

—¡Es la profesora Nodimia disfrazada! ¡Entiende!

El canto de la mujer se hacía más pausado y suave, acariciando los oídos de Clara y Betsimar. Sintieron una paz tan inmensa que estuvieron a punto de quedarse dormidas. En los costados de la caverna había piedras incrustadas de distintos colores. Como si la voz de la mujer las activara, cada piedra se iluminó y tocó una nota musical.

—¡Ya! ¡Esto me supera!— exclamó Clara pasándose las manos por los ojos para despertar del ensueño que sentía— La señorita Emilia nos debe estar grabando para hacer un video divertido y reírse de mí.

Betsimar se acercó a Clara.

—¡Mira! ¡Las piedras te iluminan!

Clara se observó la ropa. Distintos haces de luces bañaban su cuerpo. Pero las luces no venían de los costados

de la caverna. Venían desde arriba. Alzó su cabeza y vio que el techo estaba repleto de minerales multicolores que iluminaban su trayecto. El río reflejaba estos colores. Eran intensos y cálidos, aumentando así la sensación de sopor en las niñas.

—¿Dónde estamos?— preguntó Betsimar. Luego bostezó.

—Este es solo uno de tantos lugares, pequeña. Maravíllate con la materia en que está hecha la Tierra. Olvídate del tiempo, porque aquí no existe y conéctate con tu entorno.

—Y yo quiero conectarme a Internet— Clara tomó su celular para comprobar si había señal. Pero no, no la había.

Al salir de la zona de las piedras y minerales multicolores, entraron a un sitio más estrecho, con estalactitas en el techo y estalagmitas por las orillas en ambos costados. Ahí, como si las esperase, sobre un pequeño cúmulo de arena, el huemul observaba con atención el bote.

—¡Ahí está el huemul!— exclamó Betsimar.

—¡Y el mapa!— añadió Clara.

Pero al acercarse más la embarcación, el animal emprendió de nuevo la carrera y se escondió tras una bifurcación en la caverna.

—¡No! ¡Se fue!

—No se preocupen, niñas. Va a volver. Él sabe que ustedes le buscan.

—A mí me da lo mismo. Yo solo quiero terminar con este juego ridículo. Tomemos el mapa, se lo pasamos a la señorita Emilia y listo. Todos aprenderemos la lección de los huemules y la conexión, bla, bla, bla.

La anciana tocó su tambor de una forma distinta. Así, el bote dobló y se adentró en la lengua de río que apuntaba hacia la bifurcación donde se había escondido el huemul.

—¿Para qué quieren el mapa realmente, niñas?

—Tengo curiosidad de saber qué misterio esconde.

—Yo quiero volver a mi casa y terminar esto.

—Niñas, el objetivo no siempre es lo importante, sino el camino que te lleva a él. Lo que tiene valor es todo lo que sucedió en el lapso durante el cual lucharon por encontrar algo. Sin embargo, yo puedo ofrecerles un objetivo. Ese huemul es un ser que está perdido y debe volver a su hogar. Con ese mapa podrán devolverlo. Aquí, está a merced de los cazadores. Por otro lado, ese mapa las llevará a un tesoro que les puede reportar mucha riqueza. Está en ustedes tomar una decisión.

Clara achicó sus ojos en actitud reflexiva. Se llevó una mano a la barbilla.

—¿Cómo es eso de riquezas?

—El lugar al cual pertenece este huemul es un sitio repleto de gloria y fama para quien lo descubra.

—Yo quiero llevar el huemul hasta allá— dijo Betsimar, decidida.

Clara miró su reflejo en el río. Una vez más pensó haber visto algo.

—Bueno, si vamos hasta ese lugar, dejamos a ese animal en su sitio y luego encontramos el tesoro. O sea, matamos dos moscas de un tiro.

—¿Por qué matar moscas?

—Ay, es un dicho chileno. Significa hacer dos cosas a un mismo tiempo.

Betsimar calló unos segundos. Pensó en su padre, en la pobreza en la que vivía. Sintió un nudo en la garganta. La anciana alargó un brazo y le tomó una mano.

—¿Te sientes culpable, Betsimar?

La niña estaba confundida.

—Te culpas por la situación de tu padre. ¿No es así?

Betsimar retiró la mano. Y se la llevó a un bolsillo.

—Yo solo quiero que mi papá viva bien. Y si esas riquezas lo pueden ayudar...

—¡Yo lo sabía!— exclamó Clara— La niña mimada también quiere dinero. Mi papá tiene razón: el dinero mueve al mundo.

La anciana rio con fuerza.

—¿Qué le pasa, señora? Otra vez se puso rara.

—Hace un rato decías que esto era solo una farsa pero ahora que hablé de riquezas, no te has cuestionado nada.

Clara se levantó ofendida.

—Oiga, es mala educación escuchar conversaciones privadas de otros.

La anciana volvió a tocar su tambor y a cantar. Así, llevó el bote hasta una orilla de la caverna. Aunque esa zona era mucho más oscura, aún podía percibirse una claridad proveniente no se sabía muy bien de dónde.

—Pueden bajar...¡Kstá, kstá!

Clara dio un salto hacia tierra. Betsimar bajó con más cuidado.

—Sigan por aquel camino y encontrarán al huemul. Es hora que tomen sus decisiones. Elijan con sabiduría. Y recuerden, denle saludos a mi hermana Nodimia.

La mujer se alejó en el bote, cantando y tocando su instrumento. Retomó el rumbo por el cual las niñas la habían avistado en un comienzo.

—Entonces, ¿ahora crees que esto es de verdad?

—Obvio que es de verdad. No estamos soñando, ¿ok? Lo que no es real es toda esta historia. Esta señora rara es la señorita Nodimia. Y estoy seguro que vamos a encontrarnos con alguien más disfrazado.

—Pero cuando hablé de riquezas, tú le creíste.

—Ay, obvio que me hice la que le creyó. ¡Estoy siguiendo el juego, solo eso! ¡Tú eres la inocente que se lo cree todo!

—Es por mi papá... Me gustaría que ya no fuese pobre.

Del río emergieron burbujas que en breve lapso desaparecieron. Sin embargo, se creó una estela en medio del río que serpenteó por este, giró sobre sí misma y desapareció. Pudieron escuchar con claridad un chapuzón.

—Mejor encontremos a ese animal, ¿no?

—Sí. Pero, ¿qué fue eso?

—Ay, no sé. Quizás la señorita Emilia disfrazada de sirena. Ya, vamos.

Caminaron por una estrecha franja que a un lado tenía al río y por el otro, el grueso muro de la caverna. Un paso

en falso y cualquiera de las dos podía caer al agua. A medida que avanzaban aparecían en el muro diversos dibujos muy semejantes al que habían visto en la roca del bosque.

—Mira, parece como si fueran huemules dibujados.

—Ay, qué imaginativa. ¿Qué historia te estás inventando? ¿Acaso ahí vivían seres mitad hombres y mitad sapos que adoraban a huemules porque eran sus espíritus ancestrales? ¡Ja!

—Nunca pensé algo así.

—¿Ah, no?

—No, debe ser algo que los antiguos habitantes querían dejar como mensaje.

—¿Cómo un Chat prehistórico?

—Pues, quizás.

Llegaron hasta un punto donde el río se dividía en múltiples brazos de poca profundidad. Esto ayudaba a que creciera humus y vegetación dentro de la caverna. El camino por donde ambas avanzaban dio paso a una amplia zona con recovecos que recordaban a un laberinto. El silencio, solo interrumpido por el sonido del agua, les hizo sentir incómodas.

—Falta un poco de música, ¿no crees?

Clara tomó su celular y dio play a una canción que tenía grabada. El eco que se formó hizo que los muros de piedra comenzaran a arrojar piedrecillas desmenuzadas, desde su punta.

—Mejor apágalo.

—Eres aburrida.

De pronto, producto del bullicio, un animal asomó la cabeza tras un bloque de piedra.

—¡El huemul!

—Ay, pero no tiene el famoso mapa.

Luego, un nuevo huemul se asomó desde otro sitio. Y así, se sucedieron uno tras otro, hasta que varias cabezas de huemules se movían detrás de los bloques de piedras, como si fuesen jueces que observaran con atención a las niñas.

—Esta debe ser la familia del huemul— dijo Betsimar asombrada, volteándose de un lado a otro.

—Se me hace raro cómo miran... ¿Estás segura que no comen carne?

Uno a uno, los huemules bajaron de los bloques de piedra, hasta el centro donde se encontraban las niñas. Precavidos, siempre guardando cierta distancia, rodeaban a las visitantes olfateándolas.

—No veo al huemul del mapa.

—Mi papá estaría feliz aquí.

—A lo mejor acá se esconden. Son poquitos, cincuenta como mucho. Y son todos adultos parece.

Entonces, tras una piedra, muy tímidos, asomaron dos crías de huemules. Apenas aparecieron, los huemules adultos los rodearon como protegiéndolos de las niñas. Betsimar se sintió triste.

—Esos son los únicos bebés que tienen. Por eso los cuidan tanto.

Escucharon un bufido. Dieron vuelta sus cabezas. De entre los múltiples brazos en que se dividía el río, apareció el huemul con el mapa ensartado en su asta. Llevaba en su hocico una rama de árbol, miró a las niñas con desconfianza y volvió a bufar. Pasó entremedio de los otros huemules quienes le abrieron paso. Así, llegó hasta los dos animales jóvenes y depositó ante estos la rama. De inmediato, los pequeños se pusieron a comer.

—Señor huemul, necesitamos ese mapa...para ayudarlo a regresar a su hogar.

—Y encontrar riqueza y esas cosas...

Betsimar se acercó a paso lento hacia el animal. Este retrocedió unos pasos, haciendo que Betsimar se asustara. Sin embargo, recordó que la anciana había dicho que el mismo huemul las encontraría. Así que quizás, el animal ya las estaba esperando. La niña estaba muy cerca. Alargó un brazo. Tanteó el asta del huemul. Este, parecía haberse tranquilizado. Betsimar bajó su mano por el cuerno, llegó hasta el mapa y con cuidado lo sacó.

—¡Lo tengo!— dijo— ¡Lo tengo!

Lo alzó para mostrárselo a Clara. Esta dio una sonrisa forzada y le levantó un pulgar.

—Ahora, señor huemul, debemos llevarlo hacia su...

Para sorpresa de las niñas, el animal movió su cabeza indicando a los huemules jóvenes.

—No entiendo.

El huemul con la cabeza, empujó a los más jóvenes hacia Betsimar.

—Oye, mimada. Esto es rarísimo... ¿Te das cuenta? La señorita Emilia amaestró a estas bestias.

—No. Ellos quieren que nos llevemos a los pequeños.

De forma increíble, todos los huemules rodearon a los más jóvenes e hicieron movimientos de cabeza indicándoles. De repente, se escucharon disparos. Los animales levantaron la cabeza presos del temor. Con más ahínco presionaron con bufidos, movimientos ansiosos y patadas en el suelo para que las niñas se llevasen a las crías. Betsimar tomó a uno.

—Tú debes tomar al otro.

—Ay, pero mi ropa.

—Debes hacerlo.

Contra su voluntad, Clara tomó al otro huemul pequeño.

—Ya. Lo hice... ¡Ay, no, me lengüetea la cara! ¡Guácala! ¿Y ahora qué hacemos?

Betsimar observó el mapa.

—Aquí sale un pozo. No entiendo bien... Tiene unas palabras. Aquí dice: ¿Paleomítica? Algo así.

Se volvió a escuchar otro disparo. Los huemules arrancaron para poder esconderse tras los bloques de piedra. El único que quedó junto a ellas fue el huemul que tenía el mapa. Con la cabeza indicó su lomo.

—Quiere que subamos en él.

—¿Y cargando a estos enanos?

Se escuchó un crujido en el suelo. Varias grietas se apoderaron del sitio. Uno de los brazos del río creció desbordándose. Unas burbujas emergieron, seguidas de una estela que giraba sobre sí misma. El agua creció hasta tapar los pies de las niñas y las patas del huemul. Desde arriba, todos los demás huemules profirieron bufidos de preocupación. Los disparos sonaron una vez más. El huemul volvió a indicar su lomo.

—Hay que hacerlo.

Betsimar subió sobre el animal. Con una mano se agarró a su cuello y con la otra aferró a la cría. Miró a Clara para que le siguiese.

—Odio a la señorita Emilia.

Clara subió con dificultad tras Betsimar. Con un brazo se agarró a su cintura, mientras que con el otro sostenía muy incómoda al pequeño huemul. De esta forma el huemul emprendió la retirada, corriendo lo más veloz que pudo. Tras ellos, las niñas oyeron un movimiento en las aguas. Clara se volteó. Una estela que tiraba burbujas hacia la superficie, les seguía detrás. Se movía amenazante bajo el agua.

—¿Qué cosa es esa?— exclamó Clara.

—¿Qué dices?

—Algo nos sigue. Ojalá sea la señorita Emilia vestida de Sirena. Le voy a decir lo que creo de su actividad.

El huemul saltó sobre una roca y luego sobre otra. El agua iba aumentando su caudal hasta crear pequeñas

islas. Betsimar vio algo que le sorprendió: sobre el agua flotaba una porción de tierra en la cual iba un asta con un género roído.

—¡Vamos por buen camino! ¡Vi un banderín!

—¿Ah, sí? ¡Qué bueno saber eso! ¡Si hubiera señal lo postearía en mis redes!

Clara sintió que le salpicaron agua por la espalda. El frío hizo que diera una exclamación de molestia. Volteó su cabeza y dio un grito.

—¡Animal, corre más rápido! ¡Nos sigue una cosa rara!

Ahora la figura, que les seguía bajo el agua, emergía de tanto en tanto sacando la cabeza. Era gris y emitía un sonido gutural, que bajo el agua se escuchaba tosco y metálico. Entonces, escucharon algo muy fuerte. Era como el sonido de una trompeta pero amplificado cien veces. Esto hizo que hubiese un temblor. Las rocas que les rodeaban se trizaron y comenzaron a caer sobre el agua. El huemul apresuró la carrera.

—¡Y la señorita Nodimia disfrazada nos dijo que aquí nunca habrían temblores! ¡Nos mintió!

Un pedazo de bloque de piedra cayó frente de ellos, lo que obligó a que el huemul doblara hacia la izquierda; pero del otro lado también cayó otro bloque. El huemul giró sobre sí mismo, se dio impulso y saltó sobre las piedras. Tras ellos, tal como los delfines hacen al salir a la superficie, la extraña criatura saltó, alcanzando el otro lado. El agua iba en aumento lo que hacia dificultosa la carrera

del huemul. Cuando ya el río tapaba las extremidades del animal, sumergiendo también las piernas de las niñas, llegaron hasta un sitio sin salida. Solo había un enorme muro tapizado de estalagmitas. El huemul se detuvo.

—¡Todavía está aquí, esa cosa rara!— gritó Clara.

El ser rodeó al huemul dando giros lentos. Sacó a la superficie la mitad de su cabeza. A ojos de las niñas parecía una serpiente gigante.

—¡Quiero mi casa!

—No te asustes. Vamos a salir de esto.

Betsimar observó con atención el mapa. En su centro se leía la palabra Paleomítica. Alrededor de esta había una serie de dibujos que indicaban cómo llegar al tesoro, el que estaba rodeado por unos números. En el primer dibujo se veía un pozo. Bajo él, se apreciaban las figuras de peces y serpientes enormes con aspecto muy poco agradable.

—Mi mamá me decía que en el fondo del mar hay animales raros. Y quizás nunca nadie los pueda conocer.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Que a lo mejor estamos en una salida hacia el mar.

—¿Ah? Eso no puede ser.

—¡A lo mejor este es el pozo!

De pronto, se volvió a escuchar aquel sonido parecido al de una trompeta. Esta vez lo pudieron percibir mejor. Al mismo tiempo, ambas levantaron sus cabezas.

—¡Ay, no me lo creo!

No se habían dado cuenta que arriba suyo ya no había un techo sino que un gran orificio por donde entraba la luz del sol. En efecto, como decía Betsimar, la forma tubular que tomaba aquella parte de la caverna, hacía pensar en un pozo. Y era desde ahí arriba de donde provenía el sonido. Cuando este cesó, de forma súbita, el agua subió. Las niñas cayeron del huemul. Betsimar pudo seguir aferrada al pequeño huemul pero a Clara se le soltó quedando la cría dando patadas en el agua. El huemul adulto bufó como si quisiese comunicarse con ellas. A medida que el agua subía, se formaba un remolino, lo que hizo dies en continuas vueltas.

—¡Clara, agarra al huemul bebé!

—¡Auxilio!— gritaba Clara.

De pronto vio cómo su celular salía de su bolsillo para flotar en el agua.

—¡Mi celular!, ¡mi conexión con el mundo! ¡Te rescataré! Intentó nadar hacia él.

—¡No! ¡Olvida eso, ve por el huemul!

Clara nadó hacia el celular. De pronto, escuchó un gemido. Era el pequeño huemul. La niña tuvo que tomar una decisión. Cambió la dirección en busca del animal y lo aferró hacia sí.

—Este es el peor día de mi joven vida.

Se mantuvieron a flote esperando emerger. El huemul adulto también flotaba expectante, junto a ellas. Escucharon un sonido extraño. Vieron burbujas. Una cabeza emergió.

Era el ser con forma de serpiente. Dio tarascones intentando morderlas.

—¡Clara, toma mi mano!

Betsimar estiró su brazo para alcanzar a Clara quien estaba más cerca de la serpiente. Clara intentó acercarse pero le costaba ya que tenía aferrado al bebé huemul. El huemul adulto, que batallaba en su nado, dio un bufido que creó un eco, y se impulsó hasta la serpiente mordiéndole un costado y arrastrándola hacia el fondo del agua. Ambos animales desaparecieron. Las niñas gritaron. Intentaron aferrarse entre sí, pero esto hizo que los huemules jóvenes se perdieran de su vista. Se tomaron de las manos, apretando el mapa. Sin embargo, una enorme fuerza centrífuga las separó, rompiéndose el mapa en dos, y quedando cada una con una mitad. Entonces, como un geiser o como el chorro de agua que expulsan las ballenas, así mismo salieron hacia la superficie, alcanzando el cielo. Antes de caer, ambas vieron cómo se alejaban una de la otra. Betsimar cayó sobre una arena muy blanda. Clara, en tanto, volvió a caer al agua.

PARTE III
PIRATAS

—¡Señorita Emilia! Me picó un bicho.

Emilia observaba su brújula. Miraba a uno y otro lado.
Le dio un golpe en un costado al aparato.

—Creo que se echó a perder.

—Señorita Emilia, me pica mucho.

—Pero Pedro, seguro fue una hormiga.

—Profe, yo creo que nos perdimos.

—Eso es muy improbable, Pedrito. Todo está calculado para que el plan funcione a la perfección.

Entonces escucharon un silbato.

—¿Escuchó? ¡Y es cerca!

Pedro corrió entre los árboles.

—¡ Espérame!

Llegaron hasta la entrada de una pequeña cueva. Aquí había un grupo de diez niños.

—¿Y tan juntitos que están? Me imagino que han encontrado pistas y las han compartido entre sí.

Los niños le indicaron a la profesora, en la entrada de la cueva, un banderín rojo con el rostro de un loro. Junto al banderín también había un letrero que decía “Peligro”.

—Hicieron muy bien en hacer sonar su silbato. Ahora, como equipos, nos uniremos y descubriremos qué hay ahí adentro.

—¡Adelante!— gritó Pedro alzando un brazo.

Los demás niños se miraron sonriendo y se encogieron de hombros. Apenas entraron se escuchó la risa de un hombre.

—¡Jo, jo, jo! ¡Jo, jo, jo!

—¿El viejo pascuero?— preguntó Pedro.

—Oh, no, Pedrito. Es posible que sea un terrible pirata. Ten mucho cuidado.

Entonces, trastabillando contra la maleza, hizo aparición un pirata con una pata de palo. Cojeaba de forma exagerada y el bigote lo tenía mal pegado.

—¡Jo, jo, jo! ¡Jo, jo, jo! ¡Soy un pirata!

—¡Sí, es el viejo pascuero!— exclamó Pedro— ¡Y nos está atacando! ¡A él!

—¡No, no lo hagas!— gritó la profesora.

Pedro empezó a tirarle piedras al pirata.

—¡Auxilio!— exclamó este. Entró hacia la cueva corriendo y se calló.

—¡Lo vencí! ¡Vencí a Santa Claus!— gritó Pedro.

Los niños rompieron en carcajadas. La profesora Emilia corrió hasta el pirata.

—Ayayayayai, mis costillas— dijo este.

—Lo siento mucho— le dijo Emilia.

Entonces se escuchó un grito entre gracioso y ridículo. Todos se detuvieron expectantes.

—¡No le hagan daño a mi amo!

Un loro gigante apareció en escena, armado con una espada blandiéndola en el aire y pasándosela de una mano a la otra, incluso tomándola por su cuerpo y no por el asa.

—¡Contra el enemigo!

Al grito de Pedro le siguió otro griterío de parte de los demás niños, entre todos le tiraron piedras al loro gigante. Este se defendía con su espada.

—¡Ya van a ver! ¡Ay! ¡Cuando les ponga a todos un dos! ¡Auch!

El loro dio alaridos y entró corriendo a la cueva, donde se escondió.

—¡Niños y niñas, basta!

La profesora Emilia se notaba molesta pero también preocupada ya que la actividad estaba saliéndose un tanto de lo que ella tenía planeado.

—Chicos, ¿no les parece mejor escuchar lo que este hombre nos tiene que decir?

La profesora ayudó a ponerse de pie al pirata y se quedó a su lado. Como la pata de palo se le saliera del pie, los niños rompieron en risas. La misma Emilia tuvo que ayudarle a colocársela de nuevo.

—Oh, jovencitos y jovencitas. Tengo un mensaje para ustedes— el hombre se palpó los bolsillos— ¿Dónde lo dejé?

El pirata estuvo un buen rato hurgando en su ropa.

—Disculpe, Emilia— le dijo al oído— Se me perdió el discurso preparado.

—No se preocupe. Solo dígales que en la cueva hay una pista del mapa... Vamos.

—Oh, sí. Escuchen con atención. Dentro de esta cueva van a hallar algo muy extraordinario.

—¡Ayuda!

De pronto, el loro apareció corriendo desde el interior de la cueva.

—¡Es un chingue!

Ante la aparición del animal, que se notaba molesto, tanto los niños, la profesora Emilia y el pirata arrancaron en forma desordenada. Emilia se escondió tras un tronco junto a dos niñas.

—Chicas, ¿y ustedes? ¿Qué pistas han encontrado?

—No podemos decirle, profesora. Usted es del equipo Puma. Nosotras somos del equipo Pudú.

—Niñas, la idea de esta actividad es aprender a trabajar en conjunto...

—Si le mostramos las pistas, ¿nos subirá las notas?

—Pero chicas, no han comprendido nada.

En tanto, el loro gigante se escondió junto a Pedro en un lodazal.

—Profesor Julián, no sabía que le gustaba vestirse de loro.

—Y a ti te gusta coleccionar figuras hechas con migas de pan. ¿Ves? Cada cual con sus gustos.

Pedro hizo una morisqueta.

—Hay que ver si el chingue se fue— dijo él muy seguro.

—Ten cuidado, chico.

—Lo digo por los dos.

Ambos se aproximaron nuevamente hacia la cueva. Inspeccionaron el sitio. Al no ver ningún peligro, Pedro hizo sonar su silbato para que todos regresaran. Entonces, escucharon unos murmullos provenir de cerca. Voltearon hacia su alrededor para investigar. Así, vieron entre unas plantas al pirata de la pata de palo. Giraba de un lado al otro en el suelo, mientras se quejaba.

—¡Mi rostro!

El profesor Julián y Pedro se acercaron hasta el hombre pero tuvieron que detenerse a una distancia prudente debido a que el pirata despedía un olor muy fétido.

—¡Pobre director!— exclamó el “loro”— Fue víctima del chingue.

—¿Y qué hacemos?

Pronto llegó el resto, guiado por el silbato. La profesora Emilia se llevó la mano a la nariz, apretándosela con los dedos.

—¡Qué hediondez!

La profesora se armó de fuerzas y tomó de un brazo al pirata llevándolo hasta un riachuelo cercano.

—Director, va a tener que bañarse aquí. Lo siento tanto.

El hombre le dirigió una mirada entre molesto y avergonzado.

—No importa... Supongo que en algún momento se me irá el mal olor.

La profesora Emilia decidió que todos descansaran en el mismo punto, durante unos minutos. Se sentó sobre el suelo, reflexionando en torno al curso que habían tomado los acontecimientos. Se sentía frustrada al pensar que su actividad no estaba saliendo de la forma que ella hubiese querido. Miraba hacia el frente y veía a un grupo de chicas hablando sobre lo aburridas que estaban. Volteaba hacia su derecha y veía a un grupo de alumnos lanzar piedras hacia lo lejos mientras reclamaban por tener mucha hambre. Miraba hacia la izquierda y veía al profesor Julián tirado en el suelo de cara al cielo, roncando. Pedro se sentó junto a la profesora.

—¿Qué haremos después?

—Todavía falta que encontremos las otras pistas...

—A la otra, mejor haga algo con extraterrestres o zombies. Ya a nadie le gustan los piratas.

—Tomaré en cuenta tu consejo, Pedro. Gracias.

Un viento fuerte recorrió la zona haciéndoles sentir un frío que con el pasar de las horas se acrecentaría.

—Pero, ¿le digo algo, profe? Igual me he entretenido.

La profesora Emilia sonrió con ternura y con una mano revolvió los cabellos de Pedro. Luego, ella se levantó y caminó hasta el riachuelo. Ahí, a unos metros, el director ya se había bañado y ahora se secaba al sol. Emilia miró el agua con nostalgia. Metió una mano y revolvió el agua creando ondas que se esparcieron hasta perderse de a poco. Recordó una vez más cuando era niña y cómo los juegos

de aquel tiempo se le hacían tan reales. Como si hubiese viajado por un momento al pasado, se vio de escolar corriendo entre la hierba del campo, a la orilla del canal, siempre bajo la protectora mirada de su padre. Mientras, de a poco el sol se iba escondiendo tras las montañas, pintando de naranja el cielo, el que estaba lleno de nubes con formas curiosas. Entonces, de pronto, sacó la mano del agua. Miró hacia un costado.

—¿Y tú?

Era el profesor Julián quien la miraba de pie a su lado.

—La noté un poco triste, ¿pasa algo?

Emilia se levantó. Miró hacia el horizonte con una sonrisa.

—Por más que me esfuerce, no voy a poder traer de vuelta la alegría de aquellos días. Y mis alumnos no tienen por qué ser partícipes de mi nostalgia.

El profesor Julián dio un suspiro.

—Quizás algún día, ellos recuerden esta actividad como algo que les gustaría repetir. ¿Por qué no?

Escucharon unos pasos. Luego, el silbato. Era Pedro.

—¡Profe Emilia! ¡Profe Julián! ¡Vengan, miren quiénes aparecieron!

Entonces, a paso apresurado, siguieron a Pedro. Dos hombres disfrazados de forma graciosa, como piratas, estaban sentados sobre unas piedras. La profesora Emilia les había dejado muy en claro que aquel sitio era el límite

donde se desarrollaría la actividad. Su misión era cuidar que ningún niño traspasara dicha frontera.

—Vaya cosa, así que no tienes ningún parentesco con Clara— dijo uno de los hombres.

—No. Mis patrones me piden que vaya a las reuniones de curso y después les informo todo. Eso sí, casi la siento como una hija. La verdad es que yo sé más cosas sobre Clara que las que saben sus padres. ¿Y tú? ¿Ha sido difícil vivir acá? Me imagino que echas de menos tu país.

—Sí, le echo mucho de menos. Pero ya me embarqué en esta aventura. Y hay que echarle para arriba, mi paisano. No queda de otra.

Ambos piratas se quedaron en silencio unos segundos. La calma en aquella parte era increíble. Solo el viento creaba uno que otro ruido al chocar contra las ramas de los árboles.

—¿Sabías que tu hija y Clarita no se llevan bien?

—Sí, mala cosa. Eso sí, yo le he dicho a mi boni que tiene que respetar a los demás. No importa cómo sean las otras personas.

—A ver si esta idea loca de la profesora Emilia, de mandar a las dos juntas, sirva de algo.

De pronto, se escucharon a lo lejos unos disparos. Los dos piratas se levantaron y miraron preocupados hacia todos lados.

—Mi paisano, creo que los disparos vienen de allá.

Carlos indicó hacia el territorio que estaba traspasando el límite de la actividad.

—Esas son tierras privadas. Deben ser cazadores o cuidadores.

Entonces, de la nada, de entre unos arbustos, aparecieron corriendo dos niñas y dos niños. Venían cansados. Se notaba que habían recorrido un buen trecho.

—¿Y ustedes? ¿Qué les pasó, niños? ¡Somos piratas pero no se asusten, estamos para ayudarles!

Una de las niñas les observó con rostro irónico.

—Si ya sabemos que son apoderados. Ya los hemos visto en reuniones de curso.

Los dos hombres se sintieron avergonzados.

—¡Pero bueno, mis bonis! Díganos, ¿qué pasa? ¿De quién corrían?

—¡Unos jabalíes nos están persiguiendo!

No bien la niña hubo terminado de hablar, cuando cuatro jabalíes furiosos aparecieron entre la vegetación. Se detuvieron como si analizaran qué estrategia utilizar para capturar a sus víctimas.

—¡Tenemos que arrancar junto a los niños!— exclamó Iván.

—¡Pero mi pana! Si hacemos eso, dejaremos este espacio vacío y nadie lo cuidará. ¿Qué pasa si otros niños lo traspasan?

—Esperemos que eso no pase, amigo. Pero no podemos dejar solos a estos niños.

Así, los dos piratas corrieron junto a los niños en busca de algún lugar más seguro. Se adentraron en el bosque y se arrimaron tras unos troncos caídos. Los jabalíes les siguieron pero les perdieron el rastro. Olfatearon los troncos caídos pero no encontraron lo que buscaban así que tomaron rumbo hacia más allá de los límites de la actividad. Todo fue gracias a que el padre de Betsimar les había echado barro en el rostro y las manos a los niños. Con esto, su olor se camufló y por eso, los jabalíes no insistieron.

—¡Ya, salgamos!— exclamó Iván.

Se levantaron y salieron de entre los troncos. Uno de los niños estaba notoriamente molesto.

—¿Qué te sucede, chico?

—No hemos hallado ninguna pista ni nada. Lo del mapa era una mentira. La señorita Emilia nos engañó.

Los piratas se observaron incómodos.

—¿Pero es que acaso no lo han pasado bien?

Los niños rieron con sarcasmo. Enseguida se indicaron a sí mismos: tenían la ropa rota, estaban llenos de barro y con mucha hambre.

—Queremos irnos a casa. ¿Nos pueden llevar de vuelta?— preguntó un niño.

Los piratas se dirigieron gestos de preocupación.

—Será mejor llevarlos, ¿qué dices?— dijo Iván.

—Pero... ¿Y si llegan más niños? En este rato que estuvimos aquí, puede que algunos hayan traspasado el límite— insistió Carlos.

Entonces, Iván tomó un pedazo de madera. Se sacó la pañoleta blanca que llevaba en la cabeza y la amarró a aquella. Con un plumón que guardaba en su banano,

escribió en la pañoleta: Prohibido pasar. Caminaron hasta devolverse al punto donde se habían encontrado con los jabalíes y los niños. Iván colocó el aviso en todo el límite.

—Listo. Ya nadie va a pasar.

Mientras caminaban de vuelta hacia el punto de reunión, Carlos se mostraba preocupado.

—Niños, niñas. ¿No vieron por ahí a mi boni, Betsimar?

Los niños negaron con la cabeza. A medida que avanzaban, se iban encontrando con más niños. Un grupo de seis, apareció cargando varios banderines.

—¿Qué están haciendo?— exclamó Iván— ¡La profesora Emilia los puso para que indicasen el camino, no para que los sacaran!

Los niños de los banderines agrandaron los ojos.

—¿En serio? Nosotros pensábamos que había que sacarlos.

—¿Y ahora cómo volvemos?— preguntó Carlos— ¡Qué vaina, mi paisano!

—¡La brújula!— exclamó Iván. Y la sacó de entre sus ropas— Un momento. Esta cosa está averiada. Niños, ¿sus brújulas funcionan?

Todos negaron moviendo la cabeza.

—¿Dónde compraron estas cosas?— reclamó Iván.

Así, caminaron guiándose prácticamente por el instinto. De pronto, comenzó a llover.

PARTE IV

LA ISLA

Cuando Clara abrió los ojos, se sentía desorientada. Se encontraba de espaldas sobre algo que parecía madera. Arriba suyo, el cielo estaba despejado y hermoso. Levantó el cuello y se apoyó en los codos. Entonces su vista panorámica le dejó ver todo en su plenitud. Estaba arriba de una balsa en medio del mar. Se asustó. Se levantó inquieta pero esto hizo que la balsa se bamboleara de un lado a otro.

—¡Eh, muchachita! ¡Tened más cuidado! ¡Mirad que la embarcación no es una carabela que digamos!

Clara observó aterrada a quien le hablaba. Era un hombre muy delgado, con el pelo desordenado, una barba larga y la ropa destrozada. Andaba descalzo. Por el acento de su voz, Clara dedujo que era español. Al medio de la balsa, había un banderín con un pedazo de tela roto, que flameaba al viento. Clara intentó recordar qué había pasado, cómo había llegado hasta ahí. De a poco, su mente fue entregándole imágenes. Se acordó de Betsimar. Habían salido expulsadas por un chorro de agua hacia el exterior.

Recordó a los huemules jóvenes, ¿qué había sido de ellos?, se preguntó. Con desconfianza, se acercó hasta el hombre.

—Oiga, ¿quién es usted?

El hombre le dirigió una risa misteriosa.

—Vuestro salvador, faltaba más que oses preguntar algo así. Estábais flotando, media ahogada y yo os socorrí.

—¿Y el huemul chico?

—¿Qué? No sé qué sandeces habláis, muchacha. Quizás la explosión os ha dejado mal de la cabeza.

Clara arqueó las cejas.

—¿Qué explosión?

—¡Anda ya! ¡La explosión del barco!— el hombre indicó hacia el horizonte. Allá, muy lejos, parecía levantarse una tenue línea de humo. Clara se puso en la orilla de la balsa y desde ahí oteó el paisaje.

—No entiendo nada... ¡Ay, la señorita Emilia está loca!

—¿Señorita Emilia? ¿Era vuestra institutriz?

—¿Qué es eso?

—¿Institutriz? ¡Anda ya! Es la persona que os hace clases personales y tal.

—¡Ah! Sí, algo así.

—Lo siento, muchachita. Yo creo que somos los únicos sobrevivientes de ese barco. Pero me pregunto, ¿en qué parte veníais?

—¡Nunca estuve en ningún barco!

El hombre se rio fuerte.

—Vamos, muchachita. Ya, muy bien, muy bien. Entiendo que queráis mentirme. Vosotros los holandeses sois muy astutos en esas triquiñuelas.

Clara se mostró sorprendida.

—¿Cómo sabes que desciendo de holandeses?

El hombre volvió a reír.

—¡Sois divertida, muchachita! Lo que me sorprende es que sepáis tan bien hablar mi idioma castellano. Esa institutriz a la que llamáis Emilia, debe de ser una dama muy cultivada.

—Ay, qué rara la gente que se consiguió la señorita Emilia... Oiga, señor, quiero irme a mi casa.

—¿A vuestra casa? A ver, muchachita, ¿os referís a Holanda? ¿O a este sitio?— entonces el hombre sacó del bolsillo de su pantalón, el mapa.

—¡El mapa!— exclamó ella— Y yo ya pensaba que lo había soñado todo.

—¿Por qué solo tenéis la mitad? ¡Anda ya! ¡Os advierto que no me simpatiza la gente mentirosa! Decidme dónde está la otra mitad.

—No sé, no la tengo yo.

—Ah, sí, ¿cómo no?

El hombre se acercó hacia Clara con ademanes rudos.

—Decidme, ¿dónde está?

—No lo sé, en serio. ¿No me diga que también busca el tesoro?

Los ojos del hombre se iluminaron.

—Muchachita, ¿qué coméis que adivináis? Sí, vosotros los holandeses hace muchos años atrás dejasteis un tesoro en una isla alejada de la civilización. Y ese tesoro nos lo habíais robado a nosotros. ¿Por qué creéis que nuestra embarcación atacó a la vuestra? ¡Por esto!— e indicó el mapa— Vosotros obligasteis a uno de los nuestros a confeccionar este plano. Y ahora los españoles queríamos recuperar nuestro tesoro. Y mirad qué suerte tengo. Soy el único sobreviviente, así que seré el único que se quede con ese tesoro.

—¿Eres un ladrón, no cierto? Por eso quieres quitarles el tesoro a los holandeses.

El hombre rio a carcajadas.

—¿Ladrón yo? ¡Vosotros sois los ladrones! Saqueáis las tierras del dominio de España, mofándoos de nuestro rey. Vosotros sois saqueadores, embusteros y codiciosos. ¡Ja! ¿Y me llamáis ladrón a mí?

—¡Mentira! Mi linaje es holandés y te puedo decir que los Van Battenburg nos caracterizamos por ser gente honrada y respetuosa.

—¡Jajaja! ¡Increíble! ¿Me habéis dicho, chavala, que sois una Battenburg? Pero si esos son los peores. ¿Queréis que os muestre algo?

El hombre registró en sus bolsillos y sacó un rollo de papel. Lo extendió y se lo mostró a Clara.

—¿Veis lo que dice aquí, muchachita?

—No entiendo este idioma.

—¿Cómo? ¡Anda ya! ¿Me tomáis por bobo? Decís ser holandesa, ¿y no sabéis ni un ápice de vuestro propio idioma? Este documento es del estado holandés y autoriza a los Van Battenburg a cazar a perpetuidad las bestias del bosque y la selva, para comerciar en monopolio sus pieles y carne. Y no solo eso, también os autoriza a robarles el ganado a pequeños agricultores.

Clara tomó el documento. Aunque no entendía nada de lo que ahí decía, sí vio un nombre que la dejó asombrada: Clark Van Battenburg, su tatatarabuelo. El hombre volvió a tomar el documento y se lo guardó.

—Como veis, muchachita, vosotros sois unos depredadores.

—No, eso es mentira.

—Creed lo que queráis, a mí pues, me da igual.

—¿Y cómo conseguiste ese papel?

—Os lo robé a un holandés del barco. Supongo que era vuestro pariente.

Clara se sintió contristada. Volvió a mirar hacia el horizonte. El mar devoraba todo en derredor. La línea de humo que había divisado con anterioridad, ya no estaba.

—¡Estás mintiendo! La señorita Emilia te dijo que inventaras esa historia para enseñarme algún tipo de moraleja. ¿Es eso, no cierto?

El hombre sonrió.

—Os lo repito, muchachita: creed lo que queráis.

El oleaje del mar aumentaba paulatinamente. Un grupo de nubes iba apareciendo de forma tímida en lontananza.

De repente, escucharon un sonido fuerte y melodioso que cubrió todo el mar haciendo que las aguas vibraran. El hombre se movió, entre nervioso y desconcertado, de un lado a otro.

—¡Están tocando un cuerno! Debe provenir de la isla— el hombre volvió a sacar la mitad del mapa de Clara y lo observó— Según esto debemos llegar hasta una piedra con forma de cilindro y ya desde ahí divisaríamos la isla y tal.

—Podría ser cualquier isla. Esta región está llena de islas y agua por todas partes.

De pronto, Clara tuvo un presentimiento extraño. Observó con atención el mar. Le pareció que algo iba de un lado a otro.

—¡Oye, como que hay algo en el mar!

—Muchachita, ¿y esa institutriz no os ha hecho leer un bestiario marino?

—¿Qué es eso?

—Son libros donde se describen las diferentes criaturas que habitan en el mar y en la tierra. Os advierto que esta isla está llena de esas bestias.

Las nubes parecían correr en el cielo. De pronto, el azul despejado tomó la forma de una gran masa oscura. Clara sintió algunas gotas caer sobre su rostro.

—Oye, a todo esto, ¿cuál es tu nombre?

—¿Mi nombre? Aquí no tenemos nombres. Soy solo un soldado raso. De seguro el único que quedará en los libros de Historia será el capitán Francisco Del Campo. Él comandó esta batalla.

Entonces, Clara abrió la boca. Sintió escalofríos. Recordó que mientras recopilaba información para hacer su árbol genealógico, encontró una información sobre su tatatarabuelo: había combatido contra un capitán llamado Francisco Del Campo. Pero eso fue el año 1600. Se rio sola.

—No, no, no. Todo esto es una actuación.

De a poco, la lluvia se fue apoderando del mar. La corriente marina comenzó a mostrarse hostil a la balsa. Un trueno azotó el cielo y la luz que emitió parecía ser un gran cortocircuito. El hombre tomó un palo y lo usó como remo.

—¡Vamos, muchachita! ¡Ayudadme a remar!

Le tiró otro pedazo de madera para que ella le ayudase.

—¡Nunca había estado en una tormenta así!— exclamó Clara.

—¿Estáis asustada?— preguntó el hombre sonriendo.

—Sí.

—Es necesario tener momentos de fragilidad, muchachita. Es ahí cuando os dais cuenta qué significa aquello de ser fuerte.

—No me gusta sentirme así— Clara estuvo a punto de ceder a las lágrimas.

El hombre le tomó de un hombro.

—Escuchadme, niña. Si queremos sobrevivir, vamos a tener que ayudarnos. Así que secad vuestras lágrimas y remad junto a mí.

Las olas se volvieron violentas. Llevaron de un lado a otro la balsa. El hombre daba gritos para darse fuerzas e infundirle ánimo a Clara. Entonces escucharon un bramido.

—¿Qué fue eso? ¿Una ballena?

—No sé, niña. Pero no hagáis caso. Es como el canto de las sirenas. Su melodía puede atraer a vuestros oídos pero es solo un engaño.

Clara observó que a unos metros algo salía del mar y volvía a él.

—Es como la cosa que nos seguía delante.

—¿Qué cosa os seguía?

—Era como una serpiente gigante, muy rara.

El hombre se apoyó en el mástil de la balsa. Dio una exclamación de alegría e indicó una gran piedra de forma cilíndrica. Remaron con rapidez hasta llegar a ella.

—¡Mirad, muchachita! ¡Esta es la piedra! Esto indica que estamos cerca de la isla. En cualquier momento encontraré el tesoro.

Clara se fijó en que la piedra tenía unos dibujos extraños.

—Esto no es una piedra. Es un, ¿tótem?

—¿Qué cosa, muchacha?

—Un tótem. Betsimar dice que son para indicar que los espíritus de tus antepasados están cuidándote. O eso entendí yo.

Clara vio que en el tótem había una figura que era a la vez mamífero, reptil y ave. Luego, ella pensó en qué estaría haciendo Betsimar en ese mismo instante. De pronto,

la balsa se dio vuelta. Fue un coletazo dado por algo que habitaba en el agua. El hombre nadó con dificultad de vuelta hasta la balsa. Se arrimó a esta y subió. Desde ahí extendió su mano para que Clara se aferrara a él.

—¡Vamos, muchacha! ¡Venid conmigo!

Clara le tomó del brazo y pudo subir.

—¡Mirad eso!

El hombre apuntó con un dedo. Clara pudo ver, a través de la lluvia, una gran isla. El hombre tomó el mapa y le analizó.

—Según esto, debemos llegar a la isla y seguir algo llamado Sendero de la Música. ¿A qué se referirá?

Entonces, una vez más, se escuchó un nuevo bramido. Un animal enorme tambaleó la balsa. El hombre soltó el mapa y este cayó al agua. Clara, en un acto temerario, saltó y nadó hasta el mapa. Lo rescató.

—¡Esperad, niña!

De pronto, aquella melodía tocada por un cuerno, volvió a escucharse. Entonces se hizo un remolino en el agua, muy parecido al que ya había visto junto a Betsimar. Luego, sintió que una fuerza la tomó y la expulsó del agua. Escuchó que el hombre de la balsa la llamaba a viva voz. De pronto, ya no le escuchó más. No supo cuánto rato había pasado, pero despertó en una playa. El cielo se veía despejado, como si jamás hubiese llovido, y a su lado estaba la mitad del mapa. Del hombre y su balsa no había ningún rastro.

Un fuerte sonido hizo que Betsimar despertase del profundo sueño en que estaba. Estiró los brazos y dio un bostezo. Miró extrañada a su alrededor. Se encontraba dentro de una carpa. Se rascó la cabeza como si con ello fuera a responder sus dudas. Se sacó la frazada con la que estaba tapada y luego abrió el cierre de la carpa. Al salir, se encontró con que estaba en medio de un bosque, o quizás una selva, pensó. ¿Cómo llegué hasta aquí?, se dijo. Los árboles eran distintos a los de Punta Arenas, aunque no podía asegurar que estuviese en otro lado, ya que desconocía gran parte de la flora y la fauna de la zona. Había también un olor distinto pero que se le hizo entrañable. Le trajo recuerdos de cuando era más niña y jugaba en el jardín de su casa mientras sus padres la observaban. Era una mezcla entre el olor que surge luego de la caída de la lluvia y el aroma de la leña cuando se quema para calentar una hoguera. Caminó alrededor de la carpa para cerciorarse si es que había alguien más. Descubrió restos de una fogata apagada. Encima de esta había un soporte metálico sobre el que estaba posada una tetera. Betsimar la tocó. Aún se sentía tibia. Se preguntó si acaso la profesora Emilia la habría encontrado o si había vuelto a Venezuela.

—¡Clara!— gritó— ¿Estás ahí? ¿Profesora Emilia?, ¿es usted? ¿Papá?

Escuchó un sonido de hojas crujiir. Se dio vuelta a un lado y otro. El sonido aumentaba y también lo hacía su nerviosismo.

—¡Qué bien que despertaste!

La voz venía de detrás de la carpa. Betsimar se acercó sigilosa para averiguar quién era. Antes que la niña la descubriese, la persona salió de detrás. Era una mujer madura, de al menos cuarenta años. Usaba bototos y ropa de excursionista. Llevaba un jockey en su cabeza. Su rostro poseía una sonrisa afable y sus ojos transmitían tranquilidad.

—¿Quién es usted?— Betsimar la observaba de los pies a la cabeza. Intentó recordar si se parecía a alguna apoderada o madre de sus compañeros de curso.

—Antes, allá afuera, me llamaba Susana, pero aquí me dicen Gingko. Es que el gingko es mi árbol favorito. Y ahora te toca a ti decirme tu nombre.

—Betsimar.

—Un nombre bien curioso, ¿eh?

—¿Cómo me encontró?

—Estaba en mi trabajo de investigación de la flora de esta zona y te hallé en la playa, tendida sobre la arena. Estabas desmayada. ¿Recuerdas qué te sucedió?

—Con una amiga estábamos buscando un mapa. Llegamos hasta un pozo y un remolino de agua nos sacó hasta el exterior y de ahí no recuerdo nada más.

La mujer colocó un rostro incrédulo. Avanzó unos pasos hasta colocarse frente a Betsimar.

—¿De dónde vienes?

—De Punta Arenas... ¿Qué acaso esto no es Punta Arenas?

La mujer abrió la boca. Se tomó la barbilla y reflexionó un instante.

—Tienes suerte que pueda entender tu idioma. Yo me sé al menos unos cinco.

—¿Cinco? ¿Se pueden aprender tantos?

—Por supuesto, Betsimar. Aquí, en este lugar, el aprendizaje es continuo. Se podrían aprender todos los idiomas que una quisiera. Depende del tiempo. Yo, como te mencioné, ahora estoy dedicada a investigar la flora.

—¿Cuál es su oficio?

—Soy algo así como una científica aventurera.

—¿Y vive sola aquí?

—¿Sola? No, para nada. Tengo unos amigos. Con ellos cuidamos esta isla.

—¿Son como guardabosques?

La mujer rio.

—Sí, eso. Algo así.

Gingko observaba fascinada a Betsimar.

—¿Quieres comer algo?

—¡Sí! Tengo mucha hambre.

La mujer tomó una mochila que había dentro de la carpa y extrajo un frasco con frutos secos.

—¡Cómelos! Te harán muy bien.

—Usted se parece a mi profesora Emilia. Ella siempre come esto.

—Esa profesora tuya debe ser muy inteligente.

Betsimar sacó los frutos secos y se los llevó amontonados hasta su boca. De pronto, escucharon unas pisadas lentas y fuertes. Provenían desde el interior del bosque. Gingko protegió con un brazo a Betsimar. Sacó un catalejo y se lo llevó a la vista.

—Betsimar, quédate tranquila. Este animal no te hará nada pero de todas formas te recomiendo que no te muevas.

Entonces, de entremedio apareció una bestia enorme de al menos dos metros de altura. Caminaba a cuatro patas y lo hacía de forma muy lenta como si en cualquier momento fuese a caer.

—¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?

—No, los perezosos son así. Sobre todo los gigantes.

—¡Qué raro este animal! Se parece a ese que está en la cueva del milodón. Pero ese es una estatua.

Gingko observó sonriendo a Betsimar.

—Eres muy graciosa tú.

—¿Por qué?

—¿No sabes dónde estamos?

—¿Punta Arenas? ¿Chile? ¿Venezuela?

La mujer rio. Esperó a que el perezoso siguiera su camino y se internara en el otro lado del bosque. Cuando se hubo ido, habló.

—Betsimar, necesito que seas muy sincera conmigo. Resulta que es un poco, ¿cómo decirte?, más bien es sumamente difícil llegar hasta aquí. La gente que viene lo hace siguiendo instrucciones muy específicas.

La niña observaba con rostro de no comprender nada.

—Bueno, el tema es que quiero que me digas si te ha enviado alguien.

—O sea, la profesora Emilia hizo una actividad para que encontráramos un mapa de un tesoro y...

De repente, Betsimar recordó el mapa.

—¡El mapa! ¡Se me perdió!

—No. No se te perdió.

Gingko sacó de su chaqueta de excursionista, la mitad del mapa con el que se había quedado Betsimar.

—¡Sí, ese es!

—Cuando te encontré en la playa, te registré para saber si tenías algún tipo de identificación. No hallé nada. Solo este mapa, que por cierto está cortado por la mitad.

—Sí, Clara debió haberse quedado con la otra parte.

Al acordarse de Clara, Betsimar observó hacia un costado con un aire de melancolía.

—¿Quién es Clara?

—Una amiga de clases. Con ella éramos el Equipo Huemul... Se perdió en el mar.

—Eso no es muy bueno.

—No, ¿no cierto?

—Mira, Betsimar. Te prometo que encontraremos a tu amiga pero antes necesito saber exactamente a qué viene esto del mapa. Aquí hay anotados nombres y caminos que solo nosotros, quienes trabajamos aquí, conocemos.

—No sé eso, el mapa lo hizo la profesora Emilia o los que la ayudaron a hacer la actividad.

—¿Tu profesora te lo entregó?

—En realidad lo hallamos enredado en los cuernos de un huemul.

—¿Un huemul?

La mujer colocó un rostro que expresaba sorpresa. Betsimar en tanto, recordó a los huemules pequeños. Se sintió triste al pensar en que el mar se los había llevado. También pensó en el huemul adulto quien las había salvado de aquella serpiente o pez gigante.

—Era un huemul extraño— dijo Betsimar— Una señora mayor nos dijo que él debía regresar adonde pertenecía. Pero cuando lo encontramos, con su cabeza nos indicaba que debíamos llevarnos a dos huemules bebés y no a él.

—Betsimar, ¿recuerdas si al despertar escuchaste algún ruido?

—¡Sí, era como una trompeta!

—Exacto, ese mismo sonido. En realidad, es un cuerno que expande la vibración como si fuese un gran megáfono. Su sonido nos avisa que allá afuera se ha extinguido un animal. Además, se escucha a intervalos regulares durante uno o dos días.

Betsimar escuchaba atenta, aunque un tanto confundida. Pensó en lo que le había dicho Clara: que todo esto era un invento de la profesora Emilia para entregarles lecciones o moralejas. Y de alguna forma, todo llevaba a pensar aquello:

los curiosos atuendos de las personas que encontraban a su paso, esos diálogos de película o el misterio del huemul.

—¿El huemul sabía que iba a extinguirse y por eso nos entregó a los dos huemules pequeños?

Betsimar se sintió aún más culpable puesto que de ser cierto eso, ella, como la que debía velar por el cuidado de aquellos animales, había fallado en su misión. Gingko se dio un par de vueltas. Tenía las manos cruzadas en la espalda. Reflexionaba mientras contemplaba el cielo límpido que adornaba el día.

—Hay un mito que se ha pasado de generación en generación en Paleomítica, que es como llamamos a esta isla. Solo unas pocas personas la han corroborado. Dicen que hay una especie de criatura. Algo así como un guardián de la isla. Un ser que toma la forma de distintas especies animales. Según el mito, este guardián o criatura extraña, cada vez que allá afuera una especie se va a extinguir, él toma su forma y rescata a los dos últimos macho y hembra de la especie.

—¡Debe ser verdad! ¡Ese huemul nos entregó a los dos pequeños!

Gingko se asombró al ver la expresión tan genuina en el rostro de Betsimar.

—Bueno, una persona dice que un día, mientras investigaba el comportamiento de los pájaros dodos, vio a lo lejos a un ser plateado. Parecía tener la forma de un mamífero, la de un ave y la de un reptil. Al notar que había sido visto,

huyó y se lanzó al mar. Es curioso pero esa “aparición” coincidió con que después se encontraran dos ranitas que allá afuera se habían extinguido. Ese modo “mágico” de ver el asunto, es también la explicación que mis amigos le dan al sonido del cuerno. Nadie de nosotros jamás ha visto quién lo toca. Jamás hemos descubierto de dónde proviene con exactitud y es que, la verdad, desconocemos muchas cosas de este sitio. Por ello, mis amigos dicen que quien toca ese cuerno es precisamente aquella criatura del mito, ya que su sonido siempre coincide con la extinción de alguna especie...y con la posterior aparición de dos crías aquí en la isla.

Cuando Gingko terminó de hablar, ambas se sumieron en el silencio. Un viento fuerte y frío las acarició y fue a perderse entre las ramas de los árboles. Betsimar miró fijo a la científica.

—¿De verdad esto es real y no es parte de algo que inventó la profesora Emilia?

—Tú tienes la última palabra, Betsimar. Está en ti creer o no.

La niña tuvo, en ese instante, aquella sensación de que todo se trataba de un sueño.

—Betsimar, este mapa es muy importante. En el camino te explicaré por qué. Ahora debemos irnos.

—¿A dónde?

—Al lugar que indica el mapa. Ven, sígueme.

Gingko guió a Betsimar hasta un pantano. Ahí flotaba una especie de moto acuática. Sin embargo, esta estaba hecha de troncos. A cada lado tenía unas hélices también de madera.

—¿Qué es esto?

—La llamamos “biomoto”, funciona a base de energía producida por algas. Ven, sube.

Gingko saltó encima de la moto y le indicó a Betsimar que hiciese lo mismo. Se colocó detrás de la mujer y se aferró con fuerza a su cintura.

—¿Lista?

—Eso supongo.

Entonces Gingko activó el motor y luego el acelerador de la moto. Tras ellas, en el pantano se abrió una estela que parecía una línea de pintura fresca.

* * *

Se internó en la espesura del bosque. Clara no sabía si estaba bien o no en su camino. La parte del mapa que ella poseía, no era muy iluminadora al respecto. Solo decía: Sendero de la música y había un dibujo de un puente colgante. Según el mapa, una vez cruzado ese puente, llegaría hasta lo que parecía ser el punto exacto del tesoro, el cual era rodeado por unos números. Al estar el mapa roto, estos no figuraban completos.

—¡Ay! Le tengo fobia a estos puentes— se dijo.

Sintió un aire frío rodearle. Sus cabellos se mecieron en desorden. Se movió a todos lados presintiendo que algo la seguía. Escuchó aquel sonido de cuerno que ya había sentido antes. Entonces, le pareció ver una figura. No supo si era un animal, una persona o una sombra. Solo vio que se asomó y se escabulló tras unos árboles gigantescos con forma de baobabs. Clara apresuró el paso.

—¡Hola! ¿Quién eres?

De pronto, escuchó una melodía. Era como el sonido de una flauta pero mucho más cristalino. Luego, le siguió una serie de cantos de aves, acompasados. Parecía estar en medio de un concierto natural.

—Me imagino que este es el sendero de la música.

Se dejó guiar por aquella melodía que le ofrecían las aves. Se preguntó si acaso estas se habían puesto de acuerdo en encaminarla. Entonces, tras unos arbustos, encontró el puente colgante.

—¡Ay no, ay no!— se dijo— ¿Cómo voy a cruzar esto? Relájate Clara, tuviste el valor para lanzarte al mar, así que también lo tendrás para cruzar este puente.

Apenas puso un pie sobre el puente, este se tambaleó provocando inseguridad en ella. Además, las tablas estaban muy espaciadas unas de otras. Sabía que una de las reglas era no mirar hacia abajo. Pero no pudo contenerse y lo hizo. Allá, al fondo, había por lo menos unos cincuenta metros. Sintió temor pero también curiosidad ya que

abajo no parecía haber agua. Más bien le pareció como si fuese un conjunto de hojas que se movía de forma lenta, imitando el curso de un río. De a poco comenzó a avanzar por el puente. A medida que lo hacía, el canto de las aves cambiaba sus tonos y melodías. Era como si le estuviesen creando una música de fondo especial para aquel momento. Asimismo, Clara estaba segura de otra cosa: no solo cantaban las aves sino también otros animales desconocidos para ella. Estos sonidos eran muy extraños y era imposible que proviniesen de las aves. Mientras avanzaba, le parecía no terminar nunca y es que el puente medía al menos unos treinta metros de largo. Al otro extremo del puente, frente a Clara, se apreciaba una figura. Pero apenas Clara se concentraba en verla, esta desaparecía. Escuchó una vez más la flauta. Era la que daba la línea melódica al canto de las aves (y de los otros animales). Para darse fuerzas, Clara empezó a improvisar una canción acorde a la melodía que escuchaba.

—¡Estoy sola! ¡Voy caminando sobre un puente! ¡Siento que caeré! ¡No sé si aún estoy en Punta Arenas! ¡Ya no entiendo nada de nada!

Dio un grito debido al susto. Su mirada se posó en el fondo de aquel precipicio y vio que algo emergía de ese abismo verde.

—Debe ser una ballena.

Volvió a cantar para darse fuerzas. El viento frío retornó e hizo que el endeble puente se fuese de un lado hacia otro. Clara gritó para infundirse fuerzas y apresuró

su paso hasta llegar al otro lado. Aquí, se tiró al suelo agotada. De espaldas, miraba el cielo. Se encontraba despejado. Esto era curioso para ella, ya que hacía poco, en el mar, la lluvia se había ensañado contra la balsa. De repente, algo tapó su visión del cielo. Era un enorme ave. Se asemejaba a un avestruz pero tenía el doble del tamaño de esta ave. Clara se levantó casi por instinto. Asustada, corrió hacia el bosque. Tropezó y se cayó. El canto que la venía siguiendo se tornó oscuro y dramático. Se levantó y miró hacia atrás. El ave le seguía amenazante. Clara dio un grito, más que de susto, de impotencia por no terminar de una vez aquella actividad extraescolar. Entonces, volvió a ver aquella silueta extraña. Le siguió pero no encontró nada. Salvo, que a unos metros había gente agrupada en torno a unas piedras.

* * *

Mientras iban en la moto sobre el pantano, el paisaje se le hizo irreconocible a Betsimar. No parecía ser Punta Arenas ni tampoco le recordaba algún lugar de Venezuela. Las aves que veía sobrevolar el cielo, tampoco le resultaban familiares.

—Betsimar, me dijiste que una mujer te dio este mapa, ¿no es así?

—Sí, una señora mayor.

—¿Cuál era su nombre?

—No sé, no nos dijo.

—Pero descríbemela.

—Iba en un bote y hablaba en un idioma extraño. Creo que era indígena. Nos llevó por un río. Y vimos cosas rarísimas: en la cueva donde pasamos en el bote, había piedras que brillaban y tenían música.

—¿Será posible?— la pregunta de Gingko sonó como un susurro.

Al final del pantano, ambas bajaron, dejaron la moto y se internaron en una seguidilla de peldaños incrustados en la tierra. Estos creaban una escalera zigzagueante protegida por enormes hojas de plantas que Betsimar nunca había visto. Se quedó de una pieza al ver entre las flores, a una libélula enorme.

—¿Por qué es tan grande?

—¡Jaja! ¡Vamos! Sigue, falta poco.

Entraron a un sitio rocoso. En el centro de este, un grupo de diez personas, vestidas como excursionistas al igual que Gingko, observaban un conjunto de piedras. Betsimar recordó los tótems que había visto junto a Clara antes de entrar a la cueva. El grupo de personas, compuesto por hombres y mujeres, observaron con asombro a la niña.

—¿Quién es ella?— le preguntó un hombre a Gingko.

—Su nombre es Betsimar. La encontré en la playa— luego se dirigió hacia la niña— Betsimar, ellos son parte del equipo científico que cuida esta isla.

—¿Y qué están haciendo?

—Por años hemos investigado estos pilares de roca. Tienen unos símbolos que no sabemos cómo descifrarlos. Pero ahora, con este mapa, creo que por fin llegaremos a una conclusión.

Gingko mostró el mapa a sus compañeros.

—El problema— prosiguió ella— es que falta la otra mitad.

Un viento frío pasó sobre todos creando un sonido al chocar contra los árboles. Entonces se volvió a escuchar el cuerno.

—Hay algo que no te dije, Betsimar.

—¿Qué cosa?

—Si bien mi misión, en estos momentos, es investigar la flora, tengo que decirte que cuando te encontré en la playa, fue porque iba a buscar a las nuevas especies. Recuerda que como te conté, cada vez que suena el cuerno, es porque encontraremos nuevas especies de animales en la playa. No sabemos cómo llegan aquí. Solo aparecen. Sin embargo, quizás ahora haya una respuesta para ello pues me dijiste que tú y una amiga tuya trajeron dos huemules.

—Sí, así es. Pero no sé dónde están.

Los científicos observaban el mapa intentando descifrar el enigma de los números.

—Necesitamos la otra mitad para resolver esto.

Entonces, de entre los árboles, apareció Clara. Caminaba confundida. Miraba hacia atrás como si huyese de algo. Observó a la gente con desconfianza. Gingko y los científicos

le miraron sorprendidos. Betsimar dio un grito de alegría, avanzó hasta ella y le dio un abrazo.

—¡Estás viva!

—Sí, eso creo... ¿Dónde estamos?

—Ni yo lo sé.

—¿Y estas personas? ¿Quiénes son?

—Son científicos y dicen que si unimos el mapa podremos descifrar el enigma de esos pilares. ¿Tienes tu mitad?

Clara se la entregó a Betsimar y esta a su vez, se la pasó a Gingko. Unieron las dos partes. Lo primero que llamaba la atención era que el mapa, en cada mitad, tenía un punto de inicio el cual llegaba hasta el centro. Este mostraba claramente a los pilares rodeados por números. Además, el mapa no era la representación total de la isla, sino solo de esa pequeña parte.

—Esta isla es inmensa— dijo Gingko— Esta mapa muestra solo el sitio de los pilares. La mujer que les entregó esto quería que ustedes, y nadie más, llegaran hasta aquí.

—¿La profesora Emilia?— preguntó Clara un tanto despistada.

—No, la anciana del bote, en la cueva— corrigió Betsimar.

—¡Gingko!— exclamó un científico— Esa anciana de la que hablan las niñas, ¿no será...?

—Eso mismo estaba pensando— Gingko caminó de un lado a otro, ansiosa. Se detuvo y se dirigió hacia las niñas— Les contaré algo... Hace mucho tiempo, una de las personas de nuestro equipo, una mujer de nombre

Sofía, dijo que había tenido un sueño muy extraño. En él, un animal de muchas formas le habló. Le dijo que ella era la elegida para desentrañar los misterios de la isla. Desde entonces, se obsesionó con ello. Había otro compañero de equipo, Alejandro Gould, un científico extraordinario, un gran aventurero. Fue el único que apoyó a Sofía en sus “visiones”. Tanto así, que ambos formularon la siguiente teoría: la isla era un gran ser vivo que se movía entre planos o dimensiones diferentes. En ella no existiría el tiempo aunque sí podía ocurrir que jugase con el tiempo de ciertas personas, mostrándoles elementos del pasado, el presente y el futuro. Ambos dijeron que aquel ser mítico, de cuerpo plateado, se les apareció en una visión y les dijo que la isla estaba amenazada. Que debían encontrar una nueva entrada a la isla y sellar la anterior.

Las niñas se observaron confundidas, con rostros de no comprender muy bien todo.

—Bueno— prosiguió Gingko— Un día, Gould se perdió. Esto llenó de tristeza a Sofía. Así que ella sola se embarcó en el mar diciendo que encontraría a Gould y que volvería al mundo de allá afuera para custodiar la entrada y así protegerla de un inminente y desconocido peligro.

—¿Cómo se perdió Gould?— preguntó Betsimar.

—Esto que les diré suena muy raro. Sin embargo, así fue: existe una entrada para llegar a esta isla. Pero entrar o salir por ahí es muy peligroso. Esta isla, al estar en un plano diferente, se encuentra, digamos, en un límite con otras dimensiones que conectan diferentes tiempos y lugares.

Alejandro Gould, seguramente en un intento de investigar o bloquear esta entrada, se perdió.

Clara sonrió. Se acercó al oído de Betsimar.

—¿De verdad está pasando todo esto?

—Si quieres creer, cree. Yo lo haré— contestó Betsimar.

Enseguida, Gingko y el equipo de científicos intentaron dilucidar el enigma de los números. Estos, formaban un círculo terminado en un punto. Si se leían desde este punto, en el sentido de las agujas del reloj, quedaban ordenados así: 17-8-12-19-3-2-20.

—¿Cuál será el significado de esta progresión numérica?— preguntó una científica, muy confundida.

Clara tomó el mapa.

—Yo creo que... Ni idea.

Luego, las niñas se acercaron a los pilares.

—Tú dijiste que estos eran tótems, ¿verdad?

—Sí. Mira, son iguales a los que vimos antes. Tienen los mismos animales.

Mientras las niñas iban de un pilar a otro, mirando sus figuras talladas, el equipo de científicos las seguía y observaba intrigado.

—Son siete pilares. Aquí hay un huemul; en el otro un pudú; allá un león, aquí un cóndor, allá una ballena, ahí una serpiente y el último es un sapo o una rana— dijo Betsimar.

—¿Y eso significa algo?— preguntó Clara.

—Sí. El día que mi mamá murió, ella estaba investigando una cultura indígena. Me mostró varios pedazos de arcilla y cosas antiguas. Me dijo que esa cultura acostumbraba

a usar símbolos que en realidad representaban letras... Jamás voy a olvidar ese día.

—¿Estás diciendo que los números del mapa representan letras del abecedario? ¿Eso?

Todos observaron a Clara con rostros asombrados.

—¡Ay! ¿Qué pasa? ¿Acaso yo no puedo pensar, también?

—¡Sí!— exclamó Gingko— ¡Eso es! Cada número representa la posición de una letra en el abecedario español. Eso no es de extrañar ya que precisamente este mapa está en lengua castellana. Entonces, podríamos tomar la letra inicial de cada animal tallado en los pilares, y asignarle su número. Por ejemplo, el número 17 sería la letra P en el abecedario. ¿Y qué animal empieza con esta letra? ¡El pudú!

Gingko indicó el pilar con el dibujo de un pudú. Luego prosiguió:

—Así, el número 8 es la H, o sea el huemul. El 12 es la L, el león. El 19 sería la rana. El número 3 el cóndor, el 2 la ballena y el 20 la serpiente.

—Ya, muy bien. ¿Pero y qué hacemos con eso?— preguntó un científico no muy convencido de lo que estaba escuchando.

Betsimar observó con atención los pilares. Le pidió a Clara que le ayudara a subir para mirar más de cerca un pilar. Clara, extrañada, le hizo caso. Entonces, Betsimar se dio cuenta que los animales tallados podían ser presionados. Así, siguiendo el orden planteado, primero apretó el relieve del pudú. Una melodía, que nadie supo de dónde

venía, apareció. De inmediato se escuchó también, un crujido en la tierra. Luego, Gingko, siguiendo el ejemplo de Betsimar, apretó la figura del huemul. Volvió a sonar una melodía, distinta a la anterior, y de nuevo otro crujido en el suelo. Betsimar y Clara continuaron con los otros pilares, según el orden de los números. El último pilar era el de la serpiente. Luego de presionar sobre su figura, el cuerno hizo sonar una melodía hermosa. Enseguida, el piso crujió con mayor fuerza. Todos se hicieron hacia atrás. Desde el centro que rodeaban los pilares, emergió una roca que tenía una compuerta hecha de piedra jaspe. Esta se abrió. Todos estaban asombrados. Tras la compuerta abierta, había una escalera de piedras.

—¡Increíble!— exclamó Gingko.

Se escucharon unos pasos. Eran tenues, muy delicados. Entonces, emergieron desde dentro los dos huemules jóvenes.

—¡Ahí están!— exclamaron a un tiempo las niñas.

—¿Pero cómo? ¿Dónde estuvieron todo este tiempo?— preguntó Betsimar.

—¿Y si nunca salieron a la superficie? A lo mejor solo nosotras fuimos expulsadas por ese chorro de agua— explicó Clara.

Los científicos rodearon a los huemules y les examinaron.

—¿Quién habrá hecho esta entrada?— preguntó Gingko— ¡Esto es maravilloso!

Betsimar se sintió atraída por la compuerta. Le pareció ver una figura plateada que observaba desde el interior.

Luego, una canción parecida a la que cantaba la mujer del bote, se dejó escuchar tras la entrada. Entonces, Betsimar entró.

—¡Oye! ¿Adónde vas?— gritó Clara y le siguió.

Cuando las dos entraron, escucharon que Gingko y los científicos les gritaban. De pronto, la compuerta se cerró tras ellas.

—¡Ayuda!— gritó Clara y empezó a golpear la puerta. Sin embargo, esta se convirtió en roca.

De pronto, se sintió otro crujido. Miraron hacia el techo rocoso: este comenzó a descender.

—¡Apúrate, Clara! ¡Hay que bajar rápido!

Descendieron corriendo la escalera. Mientras bajaban, Betsimar distinguió que en las paredes había miles de joyas incrustadas que formaban las imágenes de los mismos animales tallados en los pilares.

—Este debe ser el tesoro— dijo Betsimar.

Llegaron al final de la escalera. Aquí, se formaba un pequeño círculo de tierra rodeado por estrechas paredes de roca.

—¡Mira!— exclamó Clara.

En la pared había algo escrito: Ahora, ustedes conocen la entrada y la salida. Y será su secreto. Ambas se observaron con asombro. A sus pies había otra compuerta. Betsimar intentó abrirla. No pudo. Entonces, Clara la ayudó. Mientras, el techo aún seguía descendiendo. Estuvieron varios segundos haciendo fuerza hasta que la abrieron. De

inmediato bajaron. Sorpresa fue la suya cuando se dieron cuenta que al descender por esa compuerta, en realidad estaban saliendo hacia el exterior. ¡Habían vuelto al lugar de los tótems que estaban frente a la cueva! La compuerta por la que habían salido, volvió a cerrarse y se convirtió en roca, de tal forma que era imposible abrirla. Un grupo de hombres con escopetas las encaró.

—¡Largo de aquí, mocosas! ¡Esta es propiedad privada!

Las dos arrancaron. Chocaron con un pedazo de madera que decía Prohibido pasar. Estuvieron un buen rato corriendo hasta que se encontraron con el grupo de Pedro. Este de inmediato buscó a la profesora Emilia y al profesor Julián.

—¡Niñas! ¿Pero qué les pasó? ¿Por qué están con las ropas tan rotas y sucias?

—¡Era verdad!— gritó Clara— ¡Lo del mapa y lo del tesoro!

La profesora Emilia observó a Julián y este a Pedro y así sucesivamente pasó con todos. Nadie comprendía muy bien. Incluso el director apareció detrás, mirando con desconcierto. Todavía conservaba un poco el olor a chingue.

—A ver— dijo Emilia— ¿Entonces encontraron el mapa?

—Sí— dijeron ambas al mismo tiempo.

Clara se registró un bolsillo y le entregó el mapa. La profesora Emilia lo analizó un tanto confundida.

—Oh, claro... el mapa... Qué bueno.

—Señorita Emilia— dijo Clara— Dígame la verdad, ¿esto fue real? ¿Cómo hizo eso de las entradas secretas, lo del remolino marino, lo del pirata en la balsa?

—¡Sí!— exclamó Betsimar— ¿Los huemules no eran entrenados, no cierto?

La profesora Emilia no contestaba. Solo sonreía.

—Niñas, esta actividad fracasó. Perdonen.

—¡No! ¡Mentira!— reclamó Clara— ¡Me entretuve, en serio!

—¿Saben? Devolvámonos al punto de encuentro— dijo Emilia y se guardó el mapa.

Luego de varios intentos, y cuando ya se creían perdidos, llegaron hasta el árbol marcado. Aquí estaba el papá de Betsimar e Iván junto a otros apoderados y a los demás niños. Betsimar corrió y abrazó a su padre.

—Lo siento, mi boni. Esta vaina no salió muy divertida parece. Mírese, está toda maltrecha.

—¿Bromea, papá? ¡Fue lo más divertido que pudo pasarme!

—Iván— le dijo Clara— Salvamos a la especie del huemul. Mi papá no podrá extinguirlos.

Iván le hizo un gesto de ternura. Luego, escucharon un silbato. Era la profesora Emilia quien llamaba la atención. A su lado estaba el profesor Julián y el director.

—Agradezco, a todos y todas, su esfuerzo en realizar esta actividad. Quizás para la mayoría no fue una muy

grata experiencia pero al parecer valió la pena... Al menos encontramos el mapa. ¡Muchas gracias, pueden irse a casa!

Eso último lo dijo observando a Betsimar y Clara, a la vez que sacó las dos partes del mapa y las mostró. Emilia vio que afirmada en un árbol estaba la profesora Nodimia. Mientras se les devolvían las mochilas y celulares a los alumnos, se acercó hasta ella.

—Pensé que no vendría. Como dijo que no le gustaba mi idea... ¿O vino para ver lo mal que salía todo?

Nodimia sonrió.

—Hace mucho tiempo, mi familia fue dueña de esa parte del bosque, la que está más allá de dónde tú hiciste la actividad. Un día, mi hermana, que era bióloga, me dijo que se iría lejos, a trabajar con un equipo de científicos. Dijo que en nuestro campo estaba la clave de todo. No entendí sus palabras. Pero la seguí. Vi que se metió a una cueva. Nuestros padres siempre nos prohibieron entrar ahí. Pasaron los días y mi hermana no volvía. Les conté todo a mis padres. Se enojaron porque no les había puesto al tanto de la situación antes. Llamaron a la policía y a las autoridades. Entraron a la cueva pero jamás la hallaron. Después, mi familia vendió ese campo. Ahora pertenece a otra gente... Por eso desconfío del bosque. No me trae buenos recuerdos.

La profesora Emilia se mostró compungida.

—¿En serio?

Nodimia lanzó una risotada.

—Olvidalo, olvidalo. Solo te estaba inventando una historia.

Entonces Emilia la miró con extrañeza. Luego se despidió y se fue.

—Señorita Nodimia...

Nodimia observó hacia su costado. Eran Betsimar y Clara.

—¿Qué quieren?

—Su hermana dijo que le diéramos un saludo de su parte.

La mujer abrió la boca.

—¿Cómo? ¿Cómo saben? ¿Hablan de Sofía?

—Sí.

Las niñas se retiraron. Betsimar se fue con su padre y Clara con Iván.

—Bueno, mimada, no podemos negar que fue una gran aventura.

—Lo mismo digo.

Entonces se dieron un abrazo. Carlos e Iván se miraron anonadados. En tanto, la profesora Nodimia se quedó de pie, nostálgica, mirando hacia el bosque.

* * *

Al llegar a su casa, Emilia registró sus cosas. Sacó los mapas y las cartas que su padre le escribía cuando era pequeña. El mapa estaba hecho del mismo tipo de papel que solía ocupar él. Además, era la misma letra.

—¿Papá?— se preguntó.

Su padre le había acostumbrado a un ingenioso abecedario numérico. Cuando se trataba de un círculo de números, debía leer desde el primer número pero en el sentido contrario de las agujas del reloj. Cada número representaba una palabra. Emilia tomó una carpeta y extrajo una hoja con decenas de palabras, que le había hecho su padre. Cada una, asignada con un número. Si los números del mapa se ordenaban así: 20-2-3-19-12-8-17, el mensaje que se podía leer era el siguiente:

“Hija, soy papá Alejandro. Encontré a Lester”.

Emilia gritó de alegría.

Este libro ha sido posible
gracias al trabajo de:

Autoridades universidad de los lagos

ÓSCAR GARRIDO ÁLVAREZ,
Rector Universidad de Los Lagos

PATRICK PUIGMAL,
Vicerrector de Investigación y Postgrado

SANDRA RÍOS NÚÑEZ, Directora de Investigación

Consejo Editorial

GONZALO DELAMAZA ESCOBAR, Doctor en Sociología

DIANA KISS DE ALEJANDRO, Magíster en Comunicación

PATRICK PUIGMAL, Doctor en Historia

NICOLE FRITZ SILVA,
Doctora © Internacional en Actividad Física y Salud

JAIME RAU ACUÑA, Doctor en Ciencias Biológicas

GONZALO MIRANDA HIRIART, Doctor en Salud Pública

MITA VALVASSORI, Doctora en Literaturas Comparadas

ANDREA MINTE MÜZENMAYER, Doctora en Educación

ROSARIO GARCÍA-HUIDOBRO MUNITA,
Doctora en Artes y Educación

JORGE FERRADA SULLIVAN, Doctor en Filosofía

SERGIO TRABUCCO ZERAN, Magíster en Estética y Teoría del Arte
Contemporáneo

RICARDO CASAS TEJEDA, Doctor © en Ciencias Humanas

**Comité Editorial Especializado Ciencias Sociales, Políticas,
Económicas e Historia**

GONZALO MIRANDA HIRIART, Doctor en Salud Pública

PATRICK PUIGMAL, Doctor en Historia

JORGE MUÑOZ SOUGARRET, Doctor en Historia

MARCEL THEZÁ MANRÍQUEZ, Doctor en Ciencias Políticas

FEDRA CUESTAS, DOCTORA EN FILOSOFÍA

Comité Editorial

RICARDO CASAS TEJEDA, Director

CAROLINA CARILLANCA CARILLANCA,
Coordinadora editorial de libros

GABRIELA BALBONTÍN STEFFEN, Editora

KIYEN CLAVERÍA AGUAS, Ilustradora

ALEXIS HERNÁNDEZ ESCOBAR, Director de arte

Área de Administración

DAISY OVANDO MILLAN, Secretaria Vicerrectoría
de Investigación y Postgrado

CECILIA CÁRDENAS GARCÉS, Profesional de Apoyo
de la Dirección de Investigación

CRISTINA NAVARRO GARCÍA, Jefa Unidad Logística,
Adquisiciones y Bodega

FELIPE GATICA TRIVIÑO, Encargado de página web

“Equipo Huemul”. © Rodrigo Torres

El texto de las páginas interiores fue compuesto
con las fuentes **Sabon LT** en las variantes italic, roman,
bold y bold italic, diseñada por Jan Tschichold. Fontin
en las variantes regular, italic y bold, diseñada por Jovanny Lemonad.

RPI: 2020-A-7618 / ISBN:978-956-6043-15-7

Desde el Sur Cultivamos saberes,

cosechamos libros

editorial.ulagos.cl

editorial@ulagos.cl

Cochrane 1070,

Osorno

